Amores del diablo

Jacques Cazotte

El autor de los "Amores del Diablo" pertenece a la clase de escritores que, a la imitación de alemanes e ingleses, son denominados "humorísticos" y que entraron en nuestras formas literarias influenciados de imitación extranjera. El espíritu es y sensato del lector francés el costo si se presta a los caprichos de las fantasías desatadas, salvo cuando ellas actúan entre los limites tradicionales, y ya aceptados, de cuentos de hadas y pantomimas teatrales. Nos apreciamos, entonces, la alegoría, nos divierte la moraleja. Están repletas nuestras librerías de esos juguetes de espíritu, primero ingeniados para chiquillos, después para damas, y también para hombres con serios quehaceres.
Los hombres del siglo XVIII vagaban mucho tras semejantes lecturas. Nunca, ficción y moraleja andarán tanto en boga cómo entonces. Escritores serios: Montesquieu, Diderot, Voltaire acariciaban y adormecían con lindos cuentos aquella sociedad que iba ser destruida por el adoctrinamiento de ellos mismos. El autor del "Espíritu de las leyes" escribió el "Templo de Guido"; Fundador de la Enciclopedia deleitaba el gentío de las alforjas con el pájaro blanco, y Las joyas Indiscretas; el autor del Diccionario Filosófico alardeaba a Princesa de

Babilonia y Zadig de las maravillosas imaginativas del Oriente. Fue todo eso invención, y espirito, y nada menos que del más selecto y gracioso.
Mientras, poeta y creyente de su moraleja, narrador capacitado de su lectura, fantástica que de esos tonos serios al delirio de su idea, de eso es que no había topar en el siglo dieciocho, época en que los padres poetas si inspiraban en la mitología, y los poetas legos hablaban con los misterios cristianos.
El público de aquel tiempo espantado sabia si hubiese que había en Francia un narrador sincero y espiritual a un tiempo que continuaba las Mil y una Noches la gran obra incompleta que Mr. Galland fatigosamente traduciría y eso de modo cómo si los fabulistas árabes la dictasen, no cómo quién “Atamanca” obra de imitación grosera, pero con la gravedad de quién escribe cosa original y importante ingeniada por espíritu bien identificado a las creencias del Oriente. Verdad es que gran parte de estos cuentos idéeles Cazotte al pie de las palmeras, a lo largo de las grandes cordilleras de S. Pedro, lejos de la Asia, es cierto, pero debajo de su refulgente sol.
Mientras, la mayoría de las obras de este escritor singular venia desaprovechadas para su gloria, y tan solo de los Amores del Diablo y de algunos poemas y canciones tiende a nombrarla que ilústrale las desenvolturas de la vida. Al cerrársele la vida, develo si el arcano de las ideas misteriosas que influirán en el punto todos sus escritos, y les acrecientan singular valía que tienta a valorar.
Vagamente nos entrelucen noticias de la primera edad de Jacques Cazotte. Nacido en Dijon por vuelta de, cursó las aulas de los jesuitas, cómo todos los ingenios eminentes de ese tiempo. Uno de sus hermanos, vicario general de M. de Choiseul, obispo de Chalons, le llamó a Paris, y le empleó en la secretaría de la Marina, en donde, obtuvo el grado de Comisario. Entonces comenzó a entender con tipo de letras, y normalmente con poesía. En las salas de su paisano Rancourt, donde se reunían letrados y artistas, se dio él a conocer, recitando moralejas y canciones, primeros esbozos de un ingenio que adelante debía ilustrarse más con la prosa que por versos.
De en adelante, parte de su vida sería pasada en la Martinica, donde fue a ejercer oficio de verificador de "He sous le vent". Ahí vivió obscuramente por espacio de años, pero respetado y querido; y allá se casó con Elizabeth Roignan, hija del Supremo Juez de Martinica. Volviendo con licencia para Paris, publicó algunas poesías. Son de este tiempo dos canciones que le dieron rápida celebridad, cómo procedentes del gusto, entonces, en la boga, de revivir el antiguo romance o balada francesa, él hizo de "Sieur de la Monnoye". Estos fueron los introductores de aquel colorido romántico o romanesco de que nuestra literatura vino a usar y abusar; notable cosa es ver ahí, por entre vastas incorrecciones el genio aventurero de Cazotte (Cazotte fue apenas aún el autor modesto de algunas canciones y moralejas; pero ya el sufragio del académico Monerif le empeñó la fantasía el tratado del

tema de "Olivier" en la forma de poema en prosa, entremetiendo, al sabor italiano, narrativas caballerescas de situaciones cómicas y aventuras mágicas. Este poema no prima en valor, pero es lectura recreativa de estilo terso.
Es del mismo tiempo la composición Lord Improvisado, novela inglesa escrita en el género íntimo, y interesantemente urdida.
No se cuide, sin embargo, que el autor de estas fantasías descuidase sus encargos administrativos. Tenemos bajo la mano un trabajo manuscrito que él dirigió al ministro M. de Choiseul, acerca de las obligaciones del comisario de

Marina, aconsejando reformas en el servicio con solicitud que diserto le fue apreciada. Cabe comentar que Cazotte, cuando los ingleses invadieron la colonia, portase enérgicamente y reveló ciencia militar en la guarnición de la fortaleza de San Pedro. El ataque fue repelido, a pesar del desembarco de los ingleses.
En este en medio, cómo el hermano le falleciese, Cazotte fue a la Francia a recoger la herencia, y luego adquirió fama, que le fue concedida en honorisimos términos, con título de Comisario General de la Marina.

II

Llevó consigo para Francia a la esposa, y fue a residir en Pierry, cercano DíÉpernay, en la casa de su hermano. Resueltos a no volver a Martinica, vendió las propiedades que allá tenían al Padre Lavallette, rector del colegio de Jesuitas, hombre docto con quién él mantiene buenas relaciones, mientras demoró en las colonias. El Padre le pagó con letras de cambio a cobrar sobre la compañía de Jesús en Paris, pagando cincuenta mil escudos. Tuvo que protestar las letras de cambio. La compañía alegó que el Padre Lavallette se arriesgase en industrias peligrosas que ellas no confirmaban. Cazotte, que envolverá en ese contrato el más de sus haberes, fue gracias a demandar a sus antiguos maestros. De ese litigio, ingrato a su corazón piadoso y monárquico, se engendraron otros que tiraron después sobre la compañía de Jesús, y dieron con ella en tierra.
De instante comenzaron los reveses de aquella vida singular. No hay dudas que, entonces, sufriesen algún abatimiento sus convicciones religiosas.
Animado por el éxito del poema de "Olivier" diese a escribir, y salió con los Amores del Diablo.
Diferentes méritos dan celebridad a ésta obra. Realza entre las otras de Cazotte por la gracia y perfección de las particularidades; pero a todas se aventaja por la originalidad de la concepción. En Francia, y

normalmente fue allá, este libro fue modelo inspirativo de muchas producciones análogas.
El fenómeno de tal obra literaria no destaca del medio social donde fue producido. El Burro de Oro de Apuleyo, libro igualmente entrañado de misticismo y poesía, darnos la plantilla de tales inventos en las antiguas edades. Apuleyo, iniciado en el culto de Isis, pagano iluminado, medio escéptico, medio creyente, escudriñando, nuestros estudios de las teologías desfasadas, vestigios de las supersticiones anteriores o persistentes ya explicando las moralejas con el símbolo, y el prodigio con una definición oleada de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, ya motejando de su misma credulidad, o desechando, la espacios, flechas de ironía que desentraña el lector propenso a darle crédito este al corifeo de esta hilera de escritores que en Francia incluía gloriosamente el autor de Amarra, visión antigua y poética realización de los más sorprendentes fenómenos de pesadilla.
Hubo muchos quién tuviese a los amores del Diablo en cuenta de historia mágica, parecida con otras del mismo tiempo, y digna que ser encuadernada con el gabinete de las Hadas.
Cuando mucho, por ahí hay un par de cuentos alegóricos de Voltaire. Tanto montaría comparar la obra mística de Apuleyo a las fábulas mitológicas de Luciano. Servio mucho tiempo el Burro de Oro a las teorías simbólicas de los filósofos de Alejandría; propiamente los cristianos acataran aquel libro; y San Agustín cita el respetuosamente cómo expresión poetizada de un símbolo religioso. Los amores del Diablo libro digno hasta cierto punto de los mismos elogios, marca singular memoria en el ingenio e índole del autor.
Por tanto, este hombre, primeramente poeta jocoso de la escuela de Marot y de La Fontaine, después narrador ingenuo, ahora aficionado al coloreado de los viejos fabularios franceses, ahora enamorado de las centellas acciones de la fantasía oriental, vulgarizada por la boga de las Mil y Una Noches mirando más al gusto contemporáneo del que al depender de su propia condición y lo que resbala al máximo peligro de la vida literaria, que es compenetrar si un hombre de la seriedad de sus imaginaciones desconcertantes. Es cierto que en ese dislate asentad la desgracia y gloria de insignes escritores de aquella época, los cuales escribían con sangre y lágrimas, traicionaban impiamente, en pro del vulgo, los misterios de su corazón y espíritu; representaban gravemente su papel, cómo los cómicos antiguos que dibujaban el tablado de sangre verdadera para regocijo del pueblo rey. ¿Sin embargo, cómo esperar, en aquel siglo sin fe y sin clero a pugnar por sus creencias, que hubiese poeta casado de maravillas puramente alegóricas a punto de dejarse ir después ellas, y poco a poco, hasta militar en el más sincero y vivo misticismo?
Libros respectivos de cábala y ciencias ocultas abundaban, entonces, en las bibliotecas. Las más estupendas especulaciones de la edad media resurgían aventajadas en el espíritu y ligeras en la forma, a objeto de

conciliar las ideas remozadas a los sufragios del público, medio impío, medio creyente, cómo tenía sido el otro de los anteriores tiempos de Grecia y Roma. El Padre de Villars, Don Pernety, el Marques DíArgeans, vulgarizaban los misterios de Oedipus Aegyptiacus y las doctas divagaciones de los neo platónicos de Florencia: Pico de la Mirándola y Marcílio Ficino revivían repasados del espíritu almizclarado del siglo XVIII, en el Conde de Gabalis, en las Cartas Cabalísticas y otros productos de filosofía trascendental al alcance de los salones. Por el que, todo fue recibir en espíritus elementales, simpatías latentes, encantos, posesiones, migración de almas, alquimia, y, sobretodo, magnetismo. La heroína de los Amores del Diablo no es más ni menos que uno de aquellos duendes estrambóticos, pintados nuestros artículos de íncubo y súcubo del Mundo encantado de Bekker.
La figura siniestra que el autor atribuyó a la galante Biondetta bastantemente arguye que aún él estaba por iniciar, aquel tiempo, nuestros misterios de los cabalistas o iluminados, los cuales siempre acordadamente distinguieron espíritus elementales, silfos, gnomos, ondinas o salamandras, de los agentes negros de Belcebú. Sin embargo, cuenta sé que enseguida a la publicación de **los Amores del Diablo**, recibió Cazotte la visita de cierto personaje misterioso, de apariencia circunspecta, escavanado por ojeras profundas, y envuelto en una capa oscura que le destacaba la estatura respetable.
Solicitó hablarle particularmente. Y, luego que permanecieron a solas, el visitante llegó a Cazotte, haciendo unas mímicas extrañas, de esas con que los Iniciados recíprocamente se dan a conocer. El pasmado Cazotte le preguntó si fue mudo, o, entonces, hubiese por bien de explicarse más el hombre. El otro, sin embargo, lo que hizo fue mudar la mímica, ejecutando otros signos más enigmáticos aún.

(La tradición Hermética identifica como Zanoni el misterioso visitante) Nota del traductor.

Cazotte hizo un gesto de impaciencia:
- Disculpe acudió el visitante yo lo juzgaba de los nuestros, y en él más alto grado.
- No lo entiendo dijo Cazotte.
¿Y, a no ser así, donde halló las ideas que dominan sus Amores del Diablo?
¡De mi espíritu, si darme licencia!
¡Como! ¿Esas evocaciones en ruinas, los misterios de la cábala, el poder oculto del hombre sobre los espíritus aéreos, las miríficas teorías del poder de los números sobre la voluntad, sobre las fatalidades del género, esas cosas imagino el señor?
* Lo mucho, pero sin doctrina, sin método particular.
¿Y no es francmasón?
¡Ni eso!

¡Por lo tanto bien, señor mío! Querer fuese profanación, quiere sea casualidad, el señor divulgo secretos aceptados solo a los iniciados de primera orden, y tal vez, de aquí en adelante, el abstenerse de semejantes revelaciones... ¡le sea útil!...
¿Por lo tanto que revelé yo? ¡Exclamó Cazotte asustado Yo que solo me empeño en divertir el público y solamente avisar que es preciso cuidarse del diablo!
¿- Y quién le dice que nuestra ciencia no está relacionada con el espíritu de las tinieblas? Por lo tanto oye que la conclusión de su obra es eso. Yo imagine el hermano desleal que traía nuestros secretos por cualquiera motivo que yo deseaba saber. Y por lo tanto que es profano, ignorante de nuestra escuela sublime, yo lo instruiré y haré entrar más a dentro en nuestros misterios del mundo de los espíritus que nos comprime de todos los lados, y que ya intuitivamente se le reveló.
Se prolongó ampliamente el diálogo. Discuerdan los biógrafos cuánto al que disertaron; pero concuerdan todos en señalar la súbita revelación operada en las ideas de Cazotte, adepto inconsciente de doctrinas, cuyos representantes él pensaba ya no existían. Confesó que su Amores del Diablo condenasen severamente a los cabalistas, de quién él formaba idea mucho oleada, y no los suponía tan condenables en sus prácticas. Se acusó hasta de tener algún tanto calumniado los inocentes espíritus que pueblan y animan la región media del aire, asociándoles a la personalidad dudosa de un duende hembra, que darle por el nombre de Belcebú.
Note le volvió el iniciado que el padre Kircher, el padre Villars y muchos más casuístas, mucho hay demostraron su perfecta inocencia en materia de cristianismo. Los capitulares de Carlos Magno, mencionando los espíritus cómo seres pertenecientes de la jerarquía celeste; Platón, Sócrates y los más sabios griegos, Orígenes, Porfirio, San Agustín y luminares de la Iglesia, convinieran en extremar el poder de los espíritus elementales del poder de los hijos del abismo...

No fue preciso tanto para convencer Cazotte que debía más adelante aplicar tales ideas no a los libros, pero a su vida, mostrándose convicto de ellas hasta los venideros tiempos.
Presto si Cazotte a reparar la culpa malsana tan deprisa cuánto fue peligroso acarrear el odio de los iluminados, muchos, poderosos y repartidos en sectas, sociedades y logias masónicas, en correspondencia de una a otra frontera del reino. Acusado de haber descubierto a los profanos el secreto de la iniciación, Cazotte exponía si a la suerte del Padre Villars que, en el Conde de Gabalis, tirase a la curiosidad pública, en estilo medio jocoso, la doctrina de la Rosa Cruz sobre el mundo de los espíritus. Este eclesiástico fue hallado muerto, un día, en la carretera de Lyón, y de este asesino solo los silfos y gnomos podrían ser acusados.

No replicase Cazotte a los consejos del iniciado, por que ésas ideas le estaban de su naturaleza. La iniciación de los estudios hechos, sin método, le fatigaba el espíritu; le fue menester, adentrarse en la doctrina completa. La de los Martinistas, entre los cuales fue recibido, había sido implantada por Martínez de Pasquallys, renovando simplemente la institución de los ritos cabalísticos del siglo XI, último eco del formulario de los gnósticos, donde el que querer que sea de la metafísica judaica se mezcla a las teorías obscuras de los filósofos alejandrinos.
La escuela de Lyón, en la cual Cazotte profesase, seguía, constante Martínez, que inteligencia y voluntad son las únicas fuerzas activas de la naturaleza, donde se desprende que, para modificar a los fenómenos, basta querer y ordenar enérgicamente. Y enseñaba más, que el hombre mediante la contemplación de sus propias ideas, y la abstracción de todo que es mundo exterior y cuerpo, podía alcanzarse al conocimiento perfecto de esencia universal, y a la dominación de los espíritus, cuyo secreto se contiene en la Triple sujeción del Infierno. Conjuración omnipotente usada por los cabalistas de la Edad Media.
Martínez que sembrase la Francia de Logias masónicas, fuera acabar en Santo Domingo. La doctrina sé enriqueció abrazando ideas de Swenderborg y Jacob Boehme, difícilmente consubstanciada en el mismo símbolo. El flamigerado Saint Martín, uno de los más jóvenes y fervientes neófitos, se adhirió particularmente a la doctrina del segundo. Ya en ese tiempo la escuela Lionesa fundiriase en la Sociedad de los Filaletes, donde Saint Martín rehusó entrar, diciendo que ellos se ocupaban más de la ciencia de las almas a la vía de Swenderborg que de la de los espíritus, según Martínez.
Después, más tarde, este ilustre teósofo, hablando de su convivencia con los iluminados de Lyón, decía: "En la escuela donde profesé, hace veinticinco años, fue frecuente toda la especie de comunicaciones: yo participé en ellas como muchos otros. Las manifestaciones del signo del Regenerador eran allá visibles: mediante las Iniciaciones me preparé para ellas, pero el peligro de tales iniciaciones es entregarse a un hombre a los espíritus violentos; y no asevero que no fuesen de préstamo las formas que comunicaban."(2)
El peligro que Saint Martín resaltaba fue rigurosamente él en que se abate Cazotte, y de ahí tal vez le advinieran las mayores desgracias de su vida. Por mucho tiempo aún nutrió creencias blandas y tolerantes, visiones límpidas y risueñas; así debía sernos los años en que compuso los nuevos cuentos árabes que, confundidos con las Mil y Una Noches, no granjearan al autor toda la gloria que debía de eso adquirir.

Son los principales: La dama incógnita, El jinete, El ingrato punido, el poder del destino, Simoustophá, El Califa ladrón, que dio a idea del

Califa de Bagdad, El novio de las estrellas, y El mágico, o Maugraby, obra llena de descriptivas y interesantes bellezas.
Graciosidad y espiritualidad pormenores son lo que sobrelleva en estas composiciones; por el que toca al tesón de invención no cede a los cuentos orientales de la misma forma: esto en parte se explica con el traje de haber de un monje árabe, de nombre Don Chavis, comunicado muchos extractos originales.
La teoría de los espíritus elementales, tan cara a las imaginaciones místicas, se aplica igualmente, cómo es notorio, a las creencias del oriente; Los lívidos fantasmas avistándoos en las nieblas del norte, la cuesta de reacciones y vértigos, aparecen, en los libros de él, rayarse de los fuegos y colores de una atmósfera espléndida y naturaleza encantada. De su cuento del Jinete, verdadero poema, Cazotte realiza sobretodo el mixto de la fantasía romanesca y la separación de los espíritus buenos y malos, hábilmente renovada de los cabalistas del oriente. Los genios luminosos sujetos a Salomón traban recias refriegas con los de la escuela de Ellis; talismanes, conjuraciones, sortijas consteladas, espejos mágicos, todo este laboratorio de los fatalistas árabes actúa si y se desata ahí, ordenada y claramente. El héroe dará a sembrar el iniciado egipcio del romance de Sethos, que, entonces, andaba en la berra. Lo lanzo, en que él atraviesa, por entre mil peligros, la montaña de Caf, palacio perpetuo de Salomón, Rey de los genios, es la versión asiática del noviciado de Isis; así por lo tanto, la preocupación de las mismas ideas resurge, aún, en las más diversas formas.

Esto no es decir que buen número de obras de Cazotte no pertenencia a la literatura común. Se gozó de la nombrada de fabulista. En la dedicatoria que hizo del volumen de moralejas a la academia de Dijon, se acordó de su antepasado que, en tiempos de Marot y Ronsard, colaborase en el progreso de la poesía francesa. Cuando Voltaire publicó el poema Guerra de Ginebra, tuvo Cazotte la graciosa broma de adjuntar a las páginas del poema incompleto una séptima página escrita en tan semejante lenguaje, que la tomaron cómo de Voltaire. (3)
Decimos que la ópera cómica debía a Cazotte el tema del Califa de Bagdad. Los Amores del Diablo fueron, también, representados con el título: El Infante de Zamora. Sin duda fue a propósito de esto que su cuñado, huésped en la quinta de Pierry, le reprochó que no ensayase el teatro, y le encareció las óperas bufas cómo obras de gran dificultad.
¡Darme una palabra dijo Cazotte que yo mañana cita tendré escrita una pieza de ese genero, a que no faltará nada!
El cuñado, viendo entrar un campesino de Tamancos, dijo:
¡Bello! ¡Sea Tamancos! Haga una ópera con esto.
Cazotte pedió que lo dejasen solo; pero un singular sujeto, que estaba en el rancho, se ofreció a hacer la música a la medida que Cazotte

escribiese la ópera. Fue Rameau, sobrino del eminente músico, de quién Diderot contó la vida fantasiosa en un diálogo, obra prima, y única sátira moderna capaz de emparejar con la de Petronio.
La ópera concluida en la misma noche, fue mandada a Paris, y representada en la "Comedia italiana" después de retocada por Marsoliez y Duni, que no desdeñaron asociarle sus nombres. Ahora Cazotte aun haría de ahí meramente el interés de haber de gracia, y el sobrino de Rameau, genio desconocido, continuó cómo siempre oscuro. Todavía, fue este el músico adecuado a Cazotte, que, en cierto, debió aquel singularisimo sujeto extraños pensamientos... (4)
Las cartas de Cazotte acerca de la música, muchas a responder a J.J. Rousseau, se refieren aquella breve divagación en el mundo lírico. Es anónima en gran parte de sus escritos, después recogidos cómo piezas diplomáticas de la contienda sobre la ópera. Unas son auténticas, otras dudosas. Maravillar nos veíamos en si el catálogo de las entrase el "Pequeño profeta de Boehmischbroda, fantasía de particular espíritu que firmaría la conformidad analógica entre Cazotte y Hoffmann.
Bella fue, entonces, la vida de Cazotte. Aquí está aquí el retrato que nos dio Charles Nodier de aquel hombre célebre que aún conoció:
"Cazotte reunía la extremada benevolencia, escrita en la gentil y dulce fisonomía, a la ternura de sus ojos azules expresivamente seductores, el precioso talento de contar historias cómo nadie, a un tiempo ingenuas y fantásticas, reales por la exactitud de las circunstancias, y maravillosas por la intrusión del magismo. Dadle la naturaleza don especial de ver las cosas por la cara ilusoria, y es sabido yo fue organizado de hechura a deleitarse en ese genero de quimeras. Por el que, luego que un pisar acompasado se oía en el piso del cuarto vecino, y la puerta de él se abría metódicamente vagarosa, y dejaba alumbra el claro de la linterna, en mano de un criado viejo, menos ágil que el amo, llamado jocosamente por Cazotte su paisano; cuando el viejo surgía con su sombrero tricorne y la amplia casaca de lila verde, cairelado de gala, zapato de vaquera cuadrada apreciados en el pecho del pie por una grande hebilla de plata, bengala encrustrado de oro, yo corría siempre para él, dolido de alegría, que sus halagos aumentaban".
No diera dar en el lo después a referirse uno de los cuentos misteriosos que holgaba que contar en la sociedad, ávidamente atenta. Trataba sé de la biografía de Marlon Delorme, que él tenía avisándonos últimos días de la vida, teniendo cerca de ciento y cincuenta años de edad, cómo después se verificó en los certificados de bautismo y óbito conservadas en Besançon. En esta controvertida cuestión de la edad de Marlon Delorme, Cazotte despunta cómo teniendo veintiún años cuando aun viviera. Y así, decía él, que podía transmitir pormenores ignorados al respeto de la muerte de Enrique IV, de la cual Marlon Delorme fue contemporánea.
Pero fue, entonces, abundante la zafra de narradores maravillosos. El Conde de Saint Germain y Cagliostro enloquecían todas las cabezas, y

Cazotte no tenía talvez más del que de ellos señalen las cualidades literarias y la reserva de sincera honestidad. Si, por tanto, cumplámonos creer en la célebre referida de las Memorias de La Harp, Cazotte ejercitó ahí el papel fatal de Cassandra, y no debe ser argumentado, cómo le imputaron que estar siempre sobre la trípode.

III

Dice La Harpe:
"-Me parece que fue ayer, y esto pasó en el principio de 1788. Estaba la cena en casa de un cofrade de la Academia, gran señor y hombre de altos dotes de espíritu. Fue numerosa la compañía, y de todas las condiciones: magistrados, palacianos, letrados, académicos etc. Habíamos comido a la tripa forra, cómo fue costumbre. A la postre, los vinos de Malvásia y Constanza, daban al júbilo de los buenos convidados aquella demasía de franqueza que no siempre se mantenía delicada. Fue razón de reír siempre, aquel tiempo, y todo fue permitido a broma.
Champfort leyéramos sus cuentos impíos y libertinos, oídos por las ilustres damas que no recurrieron a los abanicos. Después, un chubasco de remosquees a la religión, con general aplauso. Levanta sé un comensal de copa en puño, y brinda: "- Señores, tan cierto estoy que no hay Dios, cómo estoy cierto que Homero es un parvo". De hecho, tan cierto estaba él de una cosa cómo de la otra. Y al tratado si allí de Dios y de Homero, hubo personas que dijeran bien de los dos.
Reanudó la plática ya más circunspecta. Exaltan la revolución hecha por Voltaire, y concuerdan ser ese el máximo estandarte de su gloria: "Dio el impulso a su siglo, y se hizo leer tanto en las salas cómo en los patios" - exclamó uno.
Y, entonces, alguien contó entre frases de risas que su peluquero le había dicho cuando le peinaba: "Sabia, mi señor, que yo, a pesar de ser un miserable sangrador, no soy más religioso que cualquiera otro."
Dijo concluirán que la revolución iba consumarse, y que si la superstición y fanatismo van ceder el paso a la filosofía. Y luego entraron a calcular la época, y la reseña de cual de los convidados alcanzarían el reinado de la razón. Los más idealistas se deploraban por no poderse elogiarse de ella; los más nuevos regocijaban en la verosímil esperanza de llegar allá; y todos a uno felicitaban la academia por haber preparado la gran obra, el centro, el cuartel general, el motor de la libertad de pensamiento.
Un solo de los convidados fue extraño a las alegrías de la conversación, y hasta dirigía algunas inofensivas miradas a nuestro radioso entusiasmo: fue Cazotte, hombre amable y singular, pero desgraciadamente enfatuado en dislates de los iluminados. Este hombre se ilustró grandemente después con su heroicidad.
Habló él en tono grave:

- Mis señores, alégrense, que ha de todos ver la gran y sublime revolución que desean vivamente. Saben que soy un pequeño profeta. Repito: ¡han de verla!
Le respondieron con el estribillo de la mudanza: " ¡Quién tal dice el gran brujo!"(5)
- Por lo tanto sea así volvió él pero es talvez preciso ser más que brujo para el que tengo que decirles. ¿Saben el que vendrá con la tal revolución para todos los que están regados, y cual sea la consecuencia inmediata, el bien probado efecto, los resultados bien palpables?
¡Ahora, sabía sí eso! - dijo Condorcet con su aire sombrío Un filósofo no disgusta de topar un profeta.
- El señor Condorcet morirá postrado en el lecho de una mazmorra; morirá del veneno que bebió para escapar al cadalso, del veneno que la bienaventuranza de esos días le forzará a traer siempre consigo.
¡Gran espanto! Pero ocurre la idea de ser Cazotte un soñador recordado, y todos ríen.
¿Señor Cazotte, ese cuento es menos apreciado que sus Amores del Diablo, pero que demonio le encasqueto nuestros sesos la mazmorra, el veneno y el cadalso? ¿Que hay de común entre eso y la filosofía, el reinado y la razón?
- Es esto que les digo: en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad, y en el reinado de la razón, esto sucederá, y mucho cuando la razón reinar y erija templos; - y solo ella los tendrá, entonces, en la Francia.
¡La fe! ¡Brindo Champfort a reír sarcásticamente hilo que el señor Cazotte no sea uno de los sacerdotes de esos templos!
- Espero que no, pero el Sr. De Champfort, que ha de ser uno y dignísimo de ser, cortará la propia vena con veintidós golpes de navaja de afeitar, y aún así solo ha de morir algunos meses después.
Entretanto reían.
- El Sr. Vieq DíAzir no abriría las propias venas; pero, después de la mandar abrir seis veces en un día, enseguida a un ataque de gota para mejor éxito morirá por noche. El Sr. de Nicolai morirá en el cadalso; el Sr. Bailly en el cadalso...
¡Bendito sea Dios! - dijo Roucher parece que este señor solo entiende con académicos. ¡Que ejecuciones él va haciendo! pero yo, gracias al cielo...
- El señor morirá también en el cadalso.
¡Juró que dar cabo de todo! - gritaron todos.
¿Pero quién es el que nos vencerá? ¿Turcos o tártaros, o quién?
- La filosofía, la razón. Quién así los ha de tratar señalo a los filósofos, en cuyas bocas estarán continuadamente las mismas frases que los señores ahí vociferan hoy aun ahora, sus máximas, los versos del Sr. Diderot y de la Doncella de Órleans. (6)

Y secreteaban sé unos a los otros: "Bien saben que él es dolor, mientras Cazotte se mantenía en la mayor gravedad. "¿No ven que el hombre bromea? ¿Y que hay siempre de fantástico en las suyas miradas?"
- Convengo dijo Champfort pero es un baile improvisado nada risueño; le hallo tenebroso además. ¿Y cuando ha de acontecer todo eso?
- Antes de seis años cumplidos se cumplirá todo que yo digo.
¡El que ahí va de maravillas! ¿Dijo yo También entro en la cuenta?
- El señor no será de la cuenta por un milagro no menos extraordinario: será, entonces, cristiano.
Gran alarido.
- Ah! ¡Dijo Champfort estoy sosegado! ¡Si habíamos de morir cuando La Harpe fuera cristiano, somos inmortales!
- Por lo que a nosotras toca dijo la duquesa de Grammont somos felicísimas, para nada valernos las revoluciones; cuando digo nada no quiero decir que le seamos del todo extrañas; pero está sabido que nuestro sexo no tiene responsabilidad...
- Su sexo, mis señoras, de esta vez no las defenderá; y cuando lo mismo si no se entremetiesen, serán tratadas cómo hombres, tal cual.
¿Pero que nos predice avisado eso, Sr. Cazotte? ¿Háblanos del porvenir del mundo?
- Del porvenir del mundo nada sé; pero, el que sé es que la Sra. duquesa será llevada al cadalso con otras muchas damas, en la carroza del verdugo, y las manos amarradas por las calles.
¡Ahí! ¡Al menos, en tal aprieto, espero que me lleven en coche de crepes!
¡No, mi señora; pero altas damas ha de ir también en la carroza, y con las manos también amarradas!
¡Más altas damas! ¿Quién? ¿Las princesas?
- Más grandes aún.
Aquí levantadse a un gran rumbo en la compañía, y el aspecto sonriente del dueño de la casa mudó por sombrío. ¡Fue bromear además!
La señora de Grammont, para barrer la nube, no insistió en la última respuesta; pero dijo en tono de mofa:
¡Ya ven que ni siquiera me deja un confesor!
- No, mi señora, no tendrá confesor, y nadie lo tendrá. El último afligido que tendrá confesor por obsequio, será...
Hizo una breve pausa.
¿Que es el dichoso mortal a quién ha de ser concedida esa prerrogativa?
- Y no tendrá otra: será el rey de la Francia.
El dueño de la casa yerguese precipitadamente, y todos nosotros con él. Se dirigió a Cazotte y le dijo con rudeza: "- Mi caro Sr. Cazotte, ya enfada esa profecía lúgubre; va lejos además, y expone a la sociedad en que es recibido."
Cazotte no respondió, se iba ya sé retirar, cuando la duquesa, siempre bromeando, fue detenerle a él.

¡Señor profeta! ¿Dijo la dama leyéndonos la buena fortuna, y nada nos dice de la suya?
Se quedó él en silencio con los ojos en el suelo; y, pasado algún espacio de tiempo, respondió:
¿Mi señora, leyó en Josefo el cerco de Jerusalén?
¿Leí, quién no le leyó? ¡Pero imagine que no leí!...
- Por lo tanto bien, mi señora... durante el cerco, un hombre rodeó siete días y siete noches la muralla, a la vista de los sitiados y de los que sitian a la vez, exclamando siempre con voz siniestra y atronadora: ¡ay de Jerusalén, ay de mí! Y, de repente, una gran piedra, arrojada por las máquinas enemigas, dio en él y le despedaza a él.
Dicho esto, Cazotte complemento a la duquesa y salió.
Bien que este documento nos merece confianza tan solamente relativa, y atribuida a Charles Nodier que dice no ser difícil en aquel tiempo entrever la revolución que devoraría a sus víctimas en la más distinta sociedad, devorando quién la crease va referir una pasaje singular que se nos depara en el poema de "Olivier, publicado treinta años antes de, en la cual si nota cierta preocupación de cabezas cortadas que puede ser, puesto que vagamente, una narración profética:
"Cerca de cuatro años fuimos ambos arrastrados por encantamientos a los pasos de la hada Begasse. Ésta peligrosa hechicera, viendo con los ojos malévolos el progresar de las armas cristianas en el Asia, quien tómelas, armando insidias a los jinetes paladinos de la fe. Edificase aquí cercano un palacio soberbio. Desgraciadamente, pusimos el pie en las avenidas del palacio; y para luego, empleados por magia, cuando nos cuidábamos fascinados apenas por la belleza del sitio, llegamos al peristilo del edificio; pero, apenas aquí entramos, el mármol que pisábamos, sólido al que parecía, grieta y se abre debajo de nosotros. Una empinada que nos queda se despeña sobre de el girar de una rueda armada de láminas cortantes, que retallan de un trazo todas las partes de nuestro cuerpo; y el más para espanto fue que la muerte no nos llegaba después de tan extraña disolución.
"Llevadas de su propio pendón, las porciones de los nuestros cuerpos caerán en profundiza caverna, y ahí se amontonaran con un acervo de miembros amputados. A la imitación de pelotas, nuestras cabezas rodaban por allí. Atormentado de todo este movimiento estupendo, abrí los ojos, pasado tiempo, y vi mi cabeza enfilada al lado de ochocientas de ambos sexos, de todas las edades y colores, conservando el movimiento de los ojos y de la lengua, y particularmente un mover de mentones que las hacía continuadamente abrió las cómo quién se expresa. Y ninguna palabra oí señalo estas mal articuladas: (7) ¡ahí! ¡Que aborrecimiento! ¡Que desesperación! Y yo, sin poder resistir a la impresión que me hacía la condición general, pues a vocearme con ellos."

IV

Han ya anticipados los sucesos.

Llegados los dos tercios de la vida de nuestro escritor, entre mostramos una escena de sus últimos días. A la manera del propio iluminado, cruzamos trazos del pasado con los del futuro.

Fue de nuestro plano valorar a Cazotte ya cómo literato, ya cómo filósofo místico; pero, si en la mayor parte de los sus libros, resuene el sainete de sus preocupaciones relativas a la de la ciencia cabalística, cumple decir que no vislumbra en la mínima intención dogmática; antes parece que no tuvo parte en las labores colectivos de los iluminados Martinistas, y tan solamente les aceptó la norma de proceder particular y personal. Sería mal comparada ésta secta con los institutos masónicos de la época, bien que se asemejasen en las fórmulas externas. Los Martinistas admitían la caída de los ángeles, el pecado original, y el verbo Regenerador; en dogmas esenciales no sé dispersando de la Iglesia.

Saint Martín, el más insigne, es espiritualista cristiano por la plantilla de Mallebranche.

Encima diremos que él deplorase la intervención de espíritus violentos en el gremio de la secta lionesa. Cómo quiera que ésta expresión deba entenderse, es cierto que la sociedad adoptó motivos políticos que alejaban a muchos miembros. Talvez sea exagerada la influencia de los iluminados en Alemania y Francia; pero no ha de negarse que preponderaran notablemente en la revolución francesa y en el impulso de su movimiento. Las simpatías monárquicas de Cazotte en el desviaron de tal tutela, y le impidieron que sustentar con su talento en doctrinas que terminaran en resultados inversos de los que se le antojara.

¡Triste cosa es ver aquel hombre, tan prendado cómo escritor y filósofo, pasar los venideros años de la vida en el desabor de las formas de letras y a presagiar borrascas políticas que no podía conjurar! Fenecerán las guirnaldas de la imaginación; aquel espíritu de tan claro y francés torneo, formulando peregrinamente las más exquisitas fantasías, fulge raras veces en la correspondencia política que le fue causa del proceso y de la muerte. Si es cierto que algunas almas tienen como don de prever casos siniestros, nos fuerza tener eso más en cuenta la facultad desgraciada que en don celestial, por lo tanto que, semejantes a la Cassandra antigua, esas almas ni persuaden los otros ni si preservan a sí.

Los años finales de Cazotte en su quinta de Pierry, en Champagne, ofrecen, no obstante, algunos lances de ventura y sosiego en la vida íntima. Alejado del mundo de los sabios, que apenas frecuentaba en sus idas a Paris, robándose al torbellino más vertiginoso nunca de las sectas filosóficas y místicas, padre de una hija encantadora, y de dos hijos llenos de corazón entusiasta cómo su padre, el virtuoso Cazotte parecía tener agrupado en vuelta de sí todas las condiciones del

porvenir tranquilo; pero las tradiciones de personas que, entonces, trataran en él, pintan en el asombrado de las nubes que presentía allí el horizonte borrascoso.
Un gentil hombre, llamado Plas, le pedió la mano de su hija Elizabeth. Eran enamorados que se amaban desde pequeños; pero Cazotte prolongaba la respuesta definitiva, consintiéndoles que esperasen.
Ana Marie, autor agradable y atractivo, refiere particularidades de una visita a Pierry por Mad. DíArgèle, amiga de esta familia. Describe el bello salón al ras del jardín, flagrante de perfumes de un arbusto de la Colonia trasplantado por Madame Cazotte, y que, en la vivienda de esta relevante señora, recibía un aspecto de especial elegancia y raridad. Una negra costuraba al pie de ella. Aves americanas, curiosidades dispuestas sobre los enseres, y bien así el traje y peinado todo hablaba añoranzas de aquella dama ha llevarle el alma a su primera patria. Fue perfectamente bella con siempre fuera, bien que ya tuviese hijos grandes. Respiraba aquella gracia descuidada y el modo de expresar de las criollas, con un ligero toque de donde venían aires infantiles y mimosos, con que mucho cautivaba. En un tapiz allí al pie estaba un caoziño afeminado, que se llamaba Biondetta, cómo la cadeliña española de los Amores del Diablo.
Una señora de años avanzados alta y majestuosa, marquesa de Santa Cruz, viuda de un gran hidalgo de España, pertenecía a la familia donde tenía mucha influencia, por motivo de fraternizar en convicciones con Cazotte. Había muchos años que a marquesa fuera iniciada por Saint Martín; aflora esto el iluminismo también la ligaba a Cazotte con vínculos intelectuales que a doctrina consideraba un modo de anticipación de la vida futura.
Este segundo casamiento místico, resaltado de sospechas por la edad de los contrayentes, fue para Mad. Cazotte objeto de menos tristeza de la que sobresalto en el punto de vista de una razón toda humana que no compartida de la fiebre de aquellos nobles espíritus. A la vez, los tres hijos aquilataban sinceramente de las ideas de los padres y de la vieja amiga.
¿Por el que es de esta materia, ya nosotros explicamos, todavía, será bueno aceptar siempre las lecciones del buen dicho vulgar que ando por la vida ahora sin inquietarse con los sombríos misterios del futuro y de la muerte? ¿El más próspero destino dependerá de la in providencia que se espanta y desfallece cuando estalla el acontecimiento funesto, y solo tiene llantos y gritos a contraponer al puñal formidable de la desgracia?
Fue Mad. Cazotte quién ahí debía padecer más; cuánto a los otros, la vida fue un mero combate de resultados inciertos, pero de infalible recompensa.
No es inútil, para integrar el análisis de las teorías que daremos luego en los fragmentos epistolares, base del proceso de Cazotte, extraer algunas opiniones del iluminado, referidas por Ana Marie.

Decía él: "- Todos vivimos entre los espíritus de nuestros padres; nos actúa de todos los lados el mundo invisible... Hay ahí constantemente amigos de nuestro pensamiento que se aproximan a nosotros. Mi hija tiene sus ángeles tutelares; cada uno tiene el suyo. Cada cual de nuestras ideas, buena o mala, dan movimiento a algún espíritu que le corresponde, así cómo cada movimiento de nuestro cuerpo hace desplazar la columna de aire que soportamos. Todo está lleno, todo es evidente en el mundo, donde, después del pecado, los vemos obscurecer en la naturaleza... Y yo, iniciado sin procurar serlo, y por eso mismo me lastimo, he levantado esos velos cómo el viento deshace las nieblas. Veo el bien y el mal, los buenos y los malos. Algunas veces el desorden de los seres es tal a mis ojos, que ya mal puedo, al primero aspecto, distinguir los que viven en su carne de aquellos que respiren de las apariencias groseras.

“¡Sí! - mejoraba él hay almas, que tan materializadas permanecieron, tan cara en la forma que hasta para el otro mundo se volvieron opacas. Esas son semejantes a los que viven
¿En fin, que más vos diréis? Querer sea enfermedad de mi vista, querer semejanza real, hay ahí ratos en que totalmente me eludo. Ésta mañana, durante la oración, cuando estábamos reunidos bajo los ojos del Omnipotente, la casa estaba tan repleta de vivos y muertos de todas las edades y países, que yo ya no podía discernir entre la vida y muerte. Fue un extraño desorden, y todavía un valioso espectáculo."
Mad. DíArgèle asistió a la partida del joven Scévola Cazotte a servir en la guardia real. Acerca basen ya los tiempos calamitosos, y el padre bien sabía que lo inmolaba a los peligros.
La Marquesa de Santa Cruz se adjuntó a Cazotte para darle el que ellos denominaban sus poderes místicos, y después se dirá cómo él les dio cuenta de tal misión. Aquella mujer entusiasta hizo en la frente, en los labios y en el corazón del mozo tres signos misteriosos acompañados de una invocación secreta, y de esta arte consagró el futuro del que él llamaba Hijo de su inteligencia.

Tan extasiado en convicciones monárquicas cómo en misticismo, Scévola Cazotte fue un de los que en la vuelta de Varennes juraron proteger la vida de la familia real contra el furor de los republicanos. Por ratos, en medio de las turbas, el delfín fue arrebatado a sus padres y Scévola llegó a tomarlo y llevarlo a la reina, que le agradeció llorando. La siguiente carta, que él envió a su padre es ulterior a este suceso:

"Mi querido papá. Pasó el 14 de julio. El rey entró en el palacio sano y salvo. Me desempeñé lo mejor que pude en la misión de que el papá me encargo. Allá sabrá talvez si ella produjo el deseado efecto. El viernes apóyeme a la sagrada mesa; y, al salir de la Iglesia, fui al altar de la patria donde, a las cuatro horas, hice sobre los cuatro lados los signos

necesarios para someter todo el campo de Marte a la protección de los ángeles del Señor. Í

"Alcancé el carruaje donde estaba encostado cuando el rey trepó. Madame Elizabeth me lanzó un olor que transpuso al cielo todos mis pensamientos. Ahijado por uno de mis camaradas, acompañé el carruaje hasta dentro de la línea; y el rey, entonces me llamó y me dijo:

¿He Cazotte, sois vosotros uno que encontré en Epernay y a quién hablé? Y respondí: Sí, señor; al apear de la carruaje estaba yo allá. Y me retiré cuando los vi en sus aposentos.

"El campo de Marte estaba cubierto de hombres. Si yo fuese digno que sus mandatos y oraciones se ejecutasen, muchos perversos serían furiosamente desatados de allí. En la vuelta, gritaban todos cuando él pasaba: ¡Viva el rey! Las guardias nacionales entraban en esto de todo el corazón; y la marcha fue un triunfo. Fue bello el día; y el comendador dijo que por ser el último día en que Dios dejaba el diablo, era el color de rosa. Adiós. Adjúntense a sus oraciones para que mismas sean eficaces. No descansemos. Abrazo a la mamá Zabeth (Elizabeth). Mis respetos a Sra. Marquesa."

A cualquiera opinión que se pertenencia, como ve la dedicación de esta familia, aunque si motejen los frágiles medios sobre que asentaban tan fervorosas convicciones. ¿Son respetables las ilusiones de las almas cándidas, bajo cualquiera forma que se muestren; pero quién osará atajar de pura ilusión el pensar que el mundo es gobernado por influencias superiores y misteriosas, sobre las cuales la fe del hombre puede actuar? (8) La filosofía puede zumbar de la hipótesis; pero toda la religión corre el deber de admitirla, y todas las sectas políticas se tiene armado con ella. Esto explica él separase Cazotte de sus antiguos hermanos iluminados. Es sabido cuánto el espíritu republicano ejercitará el misticismo en la revolución de la Inglaterra; fue idéntica la tendencia de los Martinistas; sin embargo, arrastrados en el movimiento operado por los filósofos, disimularían, castamente el lado religioso de su doctrina, que, aquel tiempo, no podía contar con popularidad.

Saben todos que los iluminados fueron en gran parte en las conmociones revolucionarias. Sectas organizadas secretamente se correspondían entre Francia, Alemania e Italia, e influían enormemente sobre grandes personajes más o menos instruidos en el propósito de ellas. Joseph II y Federico Guillermo operaron varias veces bajo su inspiración. Es notorio que el segundo, puesto al frente del grupo de los soberanos, había penetrado en Francia y ya demoraba las treinta leguas de Paris, cuando los iluminados, en una de sus sesiones secretas, evocaron el espíritu del gran Federico, su tío, que le vio pasar adelante. En consecuencia de esta aparición (después explicada de diferentes modos) aquel monarca desocupó súbitamente el territorio francés, y concluyó más tarde un tratado de paz con la república, que, sea cómo

fuera, debe el salvarse al acuerdo de los iluminados franceses y alemanes. (9)

V

Correspondencia de Cazotte nos muestra los reveses de su magia por la marcha seguida por sus antiguos cofrades, y el marco de tentativas a sus consignas contra una fue política en que él cuidaba entrever el reinado fatal del Anti Cristo, del mismo paso que los iluminados saludaban la llegada del Reparador invisible. Los demonios de unos eran para otros, divinos y vengadores espíritus. Notando esto, mejor se entienden ciertos trechos de las cartas de Cazotte, y la singular circunstancia que al deponer hizo que la sentencia le fuese leída por la propia boca de un iluminado martinista.

La correspondencia de que vamos trasladar breves fragmentos fue dirigida, en, a su amigo Ponteau, secretario de la lista civil:

"- Si Dios no sugiere hombre que haga acabar todo esto maravillosamente, somos expuestos a las últimas miserias. Conoce mi sistema: Bien y mal sobre la tierra fueron siempre obra de hombres, a quién este globo aerostático fue abandonado por leyes eternas. Por el que, a nosotros imputemos el mal que hacemos. El sol deja de dar incesante su rayo más o menos oblicuo sobre la tierra: aquí está la imagen de la Providencia nuestro respeto. A las temporadas, acusamos este astro de faltarnos con el calor, cuando nuestra posición, los vapores condensados o el efecto de las ventanas nos privan que gozar la continua influencia de sus rayos. Ahora, por lo tanto, si algún taumaturgo no nos acude, aquí está ahí el que nos es lícito esperar.

"Deseo que allá puedo percibir mi comentario sobre la magia de Cagliostro. Puede pedirme esclarecimientos; los enviaré él menos obscuramente que si puedo."

La doctrina de los teósofos aparece en el pasaje subrayado. Aquí está aquí otra alusiva a las viejas relaciones con los iluminados.

"Recibo sus cartas de conocimientos íntimos, que tuve entre mis cofrades Martinistas: son demagogos cómo Bret; personas de nombre, bravos hasta no más, dominados por el diablo. Respeto a Bret y su ardor en el magnetismo, hizo que él adósese. Los jansenistas afiliados convulsionarnos están en el mismo caso. Cabe a todos bien la frase: Fuera de la iglesia no hay salvación alguna, ni siquiera la del sentido común.

"Previno él ya que éramos el todo ocho en Francia, absolutamente desconocidos unos de los otros, a elevar, sin treguas, cómo Moisés, ojos, voz y brazos al cielo, por la decisión de un combate en el cual los propios elementos entran en campo. Creímos estar llegando a un suceso figurado en el Apocalipsis a marcar una gran época. Sosegué,

que no es el propósito del mundo: este caso ven más adelante mil años. ¡Es ceder aún para decir a las montañas: Badea sobre nosotros! ; Pero esperando el mejor que puede venir, es el grito de los jacobinos; por qué hay ahí culpados de doble toga."

El sistema de Cazotte acerca de la necesidad de la acción humana para establecer comunicación entre el cielo y la tierra es claramente dilucidado aquí. Por tanto, en su correspondencia a menudo apela para el valor de Luís XVI que le parece confiar demasiadamente en la Providencia. Sus recomendaciones en este propósito tienen más vislumbres del sectario protestantismo que del católico puro:

¡Hace se menester que el rey socorra a la guardia municipal; que se muestre digna con firmeza: Quiero y mando! Seguramente será obedecido, y no será tenido en cuenta de pusilamine cual los demócratas lo injurian, y con esto me hacen sufrir en todas las fibras del cuerpo.

"Que cabalgue y vaya rápidamente con veinticinco guardias montadas, al centro de la fermentación; todo se le ha de postrar. El más rudo de la empresa, está echo, mi amigo; el rey se resignó y se dio a las manos de su creador; imagine el gran poder que le dio este acto, por lo tanto que Achab, pudre de vicios, para humillarse delante de Dios en un solo lance momentáneo, obtuve victoria de los enemigos. Achab tenía corazón falso y alma depravada; y mi rey tiene la más franca alma que sale de las manos de Dios. Y augusta, la celestial Elizabeth tiene en la frente la égida que pende del brazo de la verdadera sabiduría... No tema nada de Lafayatte: está ligado con sus cómplices. Está, cómo sus camaradas, entregado a los espíritus del terror y del desorden; no le ocurrirá expediente de servir, y para él el mejor es estar en manos de sus enemigos allá puesto por unos en quién él creer poder confiar. No cesemos, mientras, de erguir las manos a los cielos: Líbrenos la postura del profeta mientras Israel peleaba.

"Es urgente que hombre así proceda, por lo tanto es el punto de acción que le compete. Bien y mal solo se pueden ahí hacer, mediante él. Por lo tanto que están cerradas a punto todas las iglesias, intervenidas o profanadas, vuélvanse oratorios nuestras casas. El rato es asaz decisivo para nosotros: o Satán continuará a reinar sobre la tierra cómo hasta aquí, hasta que se le anteponían hombres cómo David a Goliat; o el reinado de Jesús Cristo, ventajosísimo para nosotros, y tan predicho por los profetas, se establecerá. En esta crisis fluctuamos, y de ella ya debo tenerle hablado confusamente. Podemos, menguados de fe, amor y celo, dejar resbalar la ocasión; pero la temo segura. Cuánto al más, Dios nada hace sin nosotros, que somos los reyes de la tierra; a nosotros incumbe apuntar el instante proscrito por sus decretos. No suframos que el enemigo, inválido sin nosotros continué al todo conseguir, y por nosotros".

Por lo ordinario, Cazotte no se deja iludir mucho cuánto al vencimiento de su causa. Superabundan en las cartas de él aconsejes que bueno

sería tener sido acatado; pero al final el descorazonamiento pulverízale él a la vista de cobardías enormes, y a tal extremo, que entró a dudar de sí y de su ciencia.
"Aprecio me escribía él que mi carta última le dé ese algún contentamiento. ¡No está Iniciado! Se dan los debates por eso. Recordé las palabras: Et scientia perdet eos. Si yo estoy en algún riesgo, yo a quién la divina gracia resguarda de celadas imagine el peligro de los otros. El conocimiento de las cosas ocultas es mar borrascoso donde no se avistan playas."
¿Quería decir que abandonase las prácticas con que esperaba someter los espíritus funestos? Es cierto que él tenía concebido vencerlos únicamente con sus armas. En un punto de la correspondencia menciona cierta profetiza Broussole que, a imitación de la famosa Catarina Theot, alcanzase comunicaciones de las potestades rebeldes en pro de los jacobinos, y presume reaccionar contra ella prolíficamente. En la cuenta de las sacerdotisas de la propaganda, también cita a marquesa de Urfé, la década de las Medias francesas, cuyo salón extravasaba de empíricos y gentíos que trotaban despacio atrás de las ciencias ocultas..." Le reprocha particularmente que predispusiese para el mal el ministro Duchátelet.
Es que presumir que semejantes cartas tomadas en las Toulleries en el sangriento día 10 de agosto, bastasen a condenar el antiguo dato las inocentes quimeras místicas, bien que algunos pasajes no abriesen sospechas a conjuraciones menos espirituales. Fouquier Tinville, en el libelo, marca ciertas palabras de las cartas cómo indicativa de la inteligencia en la conjuración llamada de los Jinetes del Puñal, malogrados días 10 y 12 de agosto; otra carta aún más explícita indica el modo de dar evasiva al rey, preso en la vuelta de Varennes, y trazaba el itinerario de la huida. Cazotte ofrecía cómo asilo de pasaje su propia casa:
"El rey avanzara hasta a explanada de Ay De aquí a Givet median veinte leguas, y cuarenta a Metz. Puede alojarse en Ay, donde hay treinta casas para sus guardias y trenes. Yo antes quisiera que él prefiera Pierry, donde hallaría, también, veinte las treinta casas, en una de las cuales hay veinte camas, y espacio, en mi casa, para acuartelar doscientos hombres, estregarías para treinta los cuarenta caballos de a pie, y espacio para armar un pequeño arrabal adentro de los muros. Pero es preciso que alguien más hábil y desinteresado calcule las ventajas de las dos posiciones.
"Es urgente que el espíritu partidario empieza la apreciación de la honrada solicitud de un hombre octogenario que se juzga poco desinteresado ofreciendo al rey proscrito la sangre de su familia, y su jardín para campo de batalla! ¿Tales conspiraciones no debían ser atribuidas al espíritu extenuado por los años?" La carta que él envió su suegro, M. Roignan, secretario del consejo de la Martinica, invitando él a organizar resistencia contra seis mil republicanos enviados a

apoyarse de la Colonia, es cómo la reminiscencia del gentil entusiasmo con que, de joven, defenderá la isla atacada por ingleses. Indica los expedientes, las líneas de fortificaciones, los recursos que le aconsejaba su vieja experiencia náutica. Es bien de percibir que tal documento fuese considerado altamente criminoso por el gobierno revolucionario; pero es para lastimar que no diesen peso a un escrito, datado de la misma época, y bueno para mostrar que tanto montaban las quimeras cómo los ensueños del infeliz anciano."(10)

El día 10 de agosto mató las ilusiones de los monárquicos. El pueblo entró las Tuilleries, asesinando a los suecos y gran número de nobles, dedicados al rey. Entre estos, peleaba un hijo de Cazotte, el otro militaba en el ejército emigrado.

Se centelleaban en todas las esquinas proveas de la conjura realista, llamada de los Jinetes del Puñal. En los papeles aprehendidos Laporte, se encontró la correspondencia de Cazotte con su amigo Pointeau. Sin sentencia, fue acusado y preso en su casa de Pierry.

Interrogo el comisario de la Asamblea Legislativa:

¿Reconoce estas cartas?

- Son mías.

- Escribidlas yo, dictadas por mi padre dijo Elizabeth, ansiosa por tener parte en los peligros y en el cárcel.

Fue presa con el padre; y luego conducidos a Paris, en el carruaje de Cazotte, fueron encerrados en la Abbadye, ahí por propósito de agosto. Mad. Cazotte imploró de balde que le dejase acompañar al marido y la hija.

Los infelices, aterrorizados en esa prisión, gozaban alguna libertad interior. Fue les concedido reunirse a ciertas horas, y por veces en la vieja capilla, donde los presos se adjuntaban, ofrecía el espectáculo de las brillantes reuniones de la sociedad. Y, por casualidad, iludirán si también los presos, tiró en la imprudencia de discursaren, cantar, andar por ventanas, de tenor que ya los rumores de la gente acusaban a los presos de alegrarse con las victorias del ejército del duque de Brunswick, y esperar de él el rescate. Y, lastimando las delongas del tribunal extraordinario, creado a la fuerza por la Asamblea Legislativa, los impulsos minases de la comuna, ya el pueblo acreditaba en conspiraciones forjadas en las cárceles para arrumbar las puertas, cuando los extranjeros se avistasen y, dispersos en la ciudad, fuesen la Saint Barthélemy de los republicanos.

La noticia de la toma de Longwy, y la prematura atorada del asalto de Verdun acabaron que exasperar la multitud. Proclamado el peligro de la patria, se reunieron en las sesiones de campo de Marte. Y, mientras, bandos furiosos se acercaban a las cárceles, y establecían en las portadas exteriores tribunales de sangre, destinados a suprimir el otro.

En la Abbadye, los presos estaban congregados en la capilla, entregados a sus prácticas ordinarias, cuando los gritos de los carceleros: "- Trepen las mujeres." disparan inesperadamente. Tres

tiros de pieza y el bufar de caja aumentaron el pavor. Dos padres de entre los presos que permanecieron, treparon al púlpito de la capilla y anunciaron la suerte que los esperaba.
Se hizo silencio fúnebre en aquella asamblea despavorida.
Diez populares, precedidos de los guardas, entraron a la capilla, mandaron enfilar los presos a lo largo de la pared, y contaron cincuenta y tres.
Después, de cuarto en cuarto de hora, fue llamado uno. No gastaba más tiempo en sus juicios el tribunal apostado en el patio de la cadena.
Algunos fueron absolvidos, y entre estos el venerando Abate Sicard. El mayor número, sin embargo, fue acuchillado a la salida de la puerta por los facinerosos fanáticos, revestidos de esta horrenda misión.
A la media noche, fue llamado Jaques Cazotte.
Se presentó serenamente el anciano delante del sanguinario tribunal constituido en una sala contigua a la prisión. Presidía el terrible Maillard. En este instante algunos demagogos necesitaron que se presentasen también las mujeres, y con efecto vinieron, una por una, a la capilla; sin embargo, los miembros del tribunal refrendaron aquel hediondo voto, por manera que Maillard, ordenando al carcelero Lavaquerie que las sacase de allá, hojeó el asiento de las entradas de la cárcel y llamó a Cazotte a grandes gritos. A este nombre la hija del preso, que ya iba saliendo con las otras precipito sé al fondo de la escalera, y atravesó la multitud en el momento en que Maillard profería la tremenda palabra: A la Fuerza, que quería decir: Muerte.
Se abrió la puerta exterior; el patio cercado de largos claustros, donde los carniceros han matando, estaba a transbordar de pueblo cuya vocería se mezclaba a los gritos de los agonizantes. La intrépida Elizabeth se lanzó entre los dos matones que ya le tenían al padre en las zarpas, y se llamaban Michel y Sauvage, y les pedió, y también pedió a las turbas, el perdón de su padre.
Este oportuno aparecimiento, las penetrantes voces, la edad del condenado, cuyo delito no se definía ni fácilmente probase, el marco sublime de aquellas dos majestuosas figuras, el imprevisto marco de heroísmo filial, movieron los instintos generosos de la multitud. Clamando gritos de perdón de todos los lados. Maillard vacilaba. Michel llenó una copa de vino y dio él a Elizabeth: "¡Escucha, ciudadana! ¡Para probares al ciudadano Maillard que no eres un aristócrata, bebe a la salud de la nación y a la victoria de la república!"
Y la guapa niña bebió sin vacilar. Los marselleses abrieron la y la turba aplaudiendo se alejó para dejar pasar padre e hija. Y los llevaron a la casa.
En el día siguiente aquel en que fuera conducido en triunfo por el pueblo, muchos amigos a él lo felicitaron. Uno de esos, M. de Saint Charles, le dijo: "Ahí té salvo”. "- Por poco tiempo respondió Cazotte, sonriendo amargamente Ratos antes de tu llegada tuve una visión, y vi un "gendarme" que me procuraba de la parte de Pétion. Fui gracias a

seguirlo. Aparecí en la presencia del "maire" de Paris que me mandó para la Concedería, y de aquí para el tribunal revolucionario. Es llegada mi hora."
Saint Charles dejó él, suponiendo que la razón de Cazotte se perturbase con los terribles trances que sufriera. Un abogado, llamado Julien, ofreció a Cazotte el asilo de su casa y medios con que escaparse a las pesquisas; pero el anciano resolverá no luchar contra el destino. El once de septiembre, vio entrarle en la residencia el hombre de la visión, con orden firmada por Pétion, Paris y Sergent. Llevaron en él a "maire" y de allá a Concejeria, donde sus amigos no consiguieron entrar. Elizabeth, a la fuerza de instancias, obtuvo licencia de servir su padre, y allá permaneció en la prisión hasta el venidero día. Sin embargo, sus esfuerzos para conmover los jueces, no pudieran tanto cómo la plebe. Cazotte, sobre requisición de Fouquier Tinville, fue, después de veintisiete horas de interrogatorio, condenado a la muerte. Antes de proferida la sentencia, fue traspasada por el secreto la hija, cuyos esfuerzos y influencia en el auditorio recibían. La defensa del ciudadano Julien en si se va hacer sentir cuánto fue sagrada aquella víctima ilesa de la justicia del pueblo: el tribunal parecía obedecer las convicciones inflexibles.
La más extraña circunstancia de este proceso fue el discurso del Presidente Lavau, antiguo miembro, cómo Cazotte, de la Sociedad de los Iluminados. ¡Frágil desprecio de la vida! - exclamó él, tú cuyo corazón fue estrecho para comprender el regocijo de una libertad santa; pero que probaste, con tu firmeza en el interrogatorio, que sabías sacrificar la propia vida al estilo de tu opinión, escucha las verdaderas palabras de tus jueces Pensad en ellas verter en tu alma el bálsamo precioso de la consolación Pensad ellos, moviéndote a plantear la suerte de la que te condenan inspirarte el estoicismo que debe asistirte en los instantes supremos y compenetrarte del respeto a que en ellos le fuerza! Los tuyos te oyeron, estos te condenaron; pero su juicio fue muy puro cómo su conciencia; ningún interés personal les azoró la decisión. ¡Va! ¡Reanímate! ¡Encara sin pavor la muerte! Reúne tus fuerzas; te convence que no tenéis derecho a estremecerla; un hombre cómo tú no debe aterrorizarse con el dolor de un rato. Pero, antes de te desatares de la vida, encara en la actitud majestuosa de la Francia, al seno de la cual no recavas llamar los gritos el enemigo ver tu vieja patria por los ataques de sus viles detractores tanto valor cuanta cobardía tú le atacas. Si la ley previene que tenía de legislar contra un criminal de tu naturaleza, en respeto a tu edad promedio, ninguna pena te impondría; pero sosiega; si ella es severa cuando investiga, luego que condena, le cayó de las manos el puñal y gime sobre la perdición de aquellos mismos que quisieran deshacerla. Mira cómo ella llora sobre esos cabellos blancos que respetó hasta el momento de condenarte; que ese espectáculo te insinuó arrepentimiento; que te mueva, desgraciado viejo, a aprovechar el rato

que te separa de la muerte, para decir los últimos vestigios de tus conspiraciones, con un pesar bien íntimo. Más una palabra: Fuiste hombre, cristiano, filósofo, Iniciado, sabe morir cómo hombre y cómo cristiano. ¡Es todo cuánto tu país aún puede esperar de ti!"
Este discurso, cuya sustancia insólita y misteriosa espantó a la asamblea, no impresionó levemente a Cazotte, que, en el lance en que el presidente recorría a la persuasión, erguid los ojos al cielo, e hizo un gesto de inefable fe en sus convicciones. Dijo después a los que lo rodeaban que merecía la muerte; que la ley fue severa; pero justa. (11)

Cuando le trasquilaron la cabeza, recomendó que no se demorasen mucho y encargo al confesor de entregar los cabellos a la hija, aún presa en uno de los sótanos de la cárcel. Antes de ir al suplicio, escribió algunas palabras a la esposa y hijos; después, trepando al patíbulo, exclamó en voz alta: - "Colina cómo viví: fiel a Dios y a mi rey." Fue ejecutado en 21 de septiembre, a las 7 horas de la noche, en la plaza del Carrusel.

Elizabeth Cazotte, esposa prometida al caballero de Plas, Oficial del regimiento de Poitou, esposo, ocho años después, ese mancebo, que sello la suerte de los emigrados. El destino de esta heroína fue después desgraciado cómo tenía que haber sido. Murió de parto, dando la luz un pequeño, y gritando que la cortasen en pedazos, si eso fue preciso para salvar el hijo. El chiquillo sobrevivió momentos. Existen aún muchas personas de la familia Cazotte. Su hijo Scévole, salvo milagrosamente del martirio de 10 de agosto, está en Paris y conserva piadosamente la tradición de las creencias y virtudes del padre.

GERARD De NERVAL

Amores Del Diablo

I

Yo fui Capitán de las Guardias del Rey de Nápoles, a los veinticinco años. Nuestra vida de jóvenes fue mujerío y juegos, mientras había dinero; y, cuando él se acababa, filosofábamos en el cuartel, a mengua de mejor quehacer.
Una noche, escurridos los raciocinios de variadas castas la vuelta de una botella de vino de Chipre y castañas peladas, la plática decayó para la cábala y cabalistas.
Había uno que tenía cómo ciencia verdadera la cábala, con sus operaciones exactas; mientras cuatro de los más nuevos argumentaban

que tal cosa fue un acervo de absurdidades, un manantial de embustes, propias a engañar personas crédulas y entretener chiquillos.
El más ideoso de todos, flamenco de nación, fumaba su pipa distraídamente, y no decía nada. Aquel aire frío e indiferente me impresionaron en medio del estrepitoso altercado que me aturdía e impedía que ser parte en la disputa desordenada además para que me interesase.
Estábamos entonces en el cuarto del camarada que fumaba. A alta noche, nos separamos, permaneciendo sosiegos, en aquel cuarto, el fumador silencioso y yo.
Y él continuó fumando flemáticamente; y yo enfrente de él, con los codos presione sobre la banca, sin decir nada. Por ese propósito, dijo él: ¿Por que no entraste en esa ruidosa disputa que ahí se hizo?
- Es por qué yo prefiero callarme a hablar en lo que no percibo. ¡Yo ni si quiera sé lo que viene ser la palabra cábala!
- Tiene muchas significaciones respondió él pero no es de las que se trata, es de la cosa en sí. ¿Crees que puede haber ciencia que enseñe a transformar metales y a someter los espíritus a nuestra voluntad?
- Yo de espíritus, sé que los hay, comenzando por el mío. Cuánto a metales, sé cuánto vale un carlin en el juego, en el mesón y en otra más, pero no puedo afirmar, ni negar la esencia de los metales, ni las modificaciones e impresiones que les son propias.
- Mi joven amigo, gústame tu ignorancia, que vale tanto, cómo la sapiencia de los otros. Tú, al menos, no eras; y, se eres ignorante, ten capacidad para ser instruido. Agrádame tu natural, la sinceridad de tu carácter y rectitud de espíritu. Sé alguna cosa más que el vulgar de los hombres. Me juras tú el más inviolable secreto sobre tu palabra de honra; me promete ser prudente, y serás mi discípulo.
- El exordio que haces me es agradabilísimo. Mi más valiente pasión es la curiosidad. Te confieso que soy poco paciente del saber el que por ahí se sabe ordinariamente; todo eso si me figura limitadísimo. Pero ahora cómo que estoy adivinando las altas regiones a que tú me quieres exaltar. ¿Cuál es sin embargo, la primera llave de la ciencia de que me hablas? ¿Según oí a nuestros camaradas, son propiamente a los espíritus que nos enseñan? ¿Hay medios de nos identificamos con ellos?
- Es eso mismo, Álvaro; por sí mismo es que no hay ahí aprender cosa alguna; cuánto a la posibilidad de comunicación voy darte una prueba irrecusable.
Al decir estas palabras acabó que fumar, despejó la ceniza batiendo tres golpes con el pipa embrocado sobre la mesa, cercano de mí, y exclamó: "Calderón, ven buscar mi pipa, enciéndela, y tráemela".
Proferida la orden, el pipa se consumió; y, aún antes de reflexionar en el modo cómo, sin preguntar que fue de aquel Calderón encargado de cumplir las órdenes volvió encender la pipa, y mi interlocutor estaba de nuevo fumando.

Y continuó, no tanto para gozar si en las absorbiciones del tabaco, cómo para saborear el espanto en que me vía. Por propósito, levantándose y dijo: "Así que por el día, he de estar de guardia: es preciso reposar. Vete tú a dormir; Sea sabio, y hablaremos después".
Me retiré inquieto y curioso de las ideas nuevas con que yo esperaba saciar mi curiosidad favorecida por Soberano que así se llamaba mi camarada. Vi a él al día siguiente, y nos otros todos; seguidle como su sombra; ninguna otra pasión me avasallaba. Les hice centenas de preguntas; unas deslizaba las arteramente; a otras respondía con aires sibilinos. AL final, acosé con él sobre el artículo de la religión seguida por los sectarios suyos. "Es la religión natural." Respondió.
Entramos en particularidades. Sus dogmas encajaban mejor a los míos propensos que a mis principios; pero para llegar a mi intención, fue prudente no contradecirlo.
- Tú ejerces imperio sobre los espíritus le dije yo también yo quiero estar en inteligencia con ellos. Lo deseo ardentísimamente.
¡Eres vivo además, camarada! Aún no cumpliste el tiempo de prueba; no satisficiese alguna de las condiciones que permiten sin recelo obtener ésta sublime categoría...
¿Es preciso mucho tiempo?
- Dos años talvez.
- Entonces, desisto. ¡De aquí hasta allá moriré yo de impaciencia! ¡Eres cruel, Soberano! No imaginas la vivacidad de deseo que alborozaste en mi... es una llamarada...
¡Creí que eras más circunspecto, hombre! Tiemblo por ti y por mí... ¿Por lo tanto que? Querer exponerte a evocar espíritus sin alguna de las Iniciaciones...
¿Que puede acontecerme?
- No digo que absolutamente te acontezca mal; si ellos tiene sobre nosotros poder, es nuestra cobardía que le dará; que él dominarlos es prerrogativa nuestra...
¡Ah!... ¡yo los dominaré!
- Sí... que tienes un ánimo recio; pero si desvarías, si ellos vendrán aterrorizarte...
- Si la condición es no temerlos, yo los provocaré a amedrentarme...
¡Ole!... ¿Y se vinieses el diablo?
¡Yo cortaría las orejas al propio diablo mayor del infierno!
¡Bravo! Si cuentas así contigo, puedes arriesgarte, y te prometo mi asistencia en el próximo viernes. Juntarás con dos de los nuestros, y llevaremos la aventura a cabo.

II

Estábamos en el martes. Nunca entrevistas de gala fue esperada con tanta impaciencia. Llegó al fin la hora. Hallé en casa de mi camarada dos sujetos de cara dura sombría. Cenamos. La conversación verso sobre cosas vulgares.

Después de cena, se deliberó un paseo a pie a las ruinas de Portici. Metámonos al camino, y llegamos. Aquellas reliquias monumentales derruidas, truncadas, esparcidas, cubiertas de zarzas, influirán de mi ánimo sensaciones extraordinarias. "Aquí está aquí decía yo la acción del tiempo sobre la obra de la soberbia y industria de los hombres". Entrando nosotros en las ruinas, y llegamos al fin, a punto de palparlas, a través de esos destrozos, a un rincón tan oscurecido, que ninguna luz exterior allí penetraba.
Mi camarada me condujo por el brazo. Después, paramos. Uno de los tres prendió lumbre y encendió una vela. La estancia se iluminó levemente, y descubrí que estábamos debajo de una bóveda bien conservada, de veinticinco pies cuadrados poco más o menos, con cuatro salidas.
Estábamos profundamente silenciosos.
Mi camarada, con una caña que él utilizara en el camino, trazó un redondel a la vuelta de sí sobre la arena movediza que cubría el terreno, y después de escribir algunos caracteres, me dijo: "-Mi hombre valiente, entra en este pantáculo y no salgas sin buenos indicios".
- Te explica mejor. ¿Cuales indicios me ha de guiar?
- Cuando todo te obedece; Pero, antes dijo si el terror te aterra, corres inmensos peligros.
Me dio, enseguida, una fórmula de evocación corta, con algunas palabras que yo no olvidaré jamás.
Y adjuntó:
- Recita este conjuro con firmeza e invoca tres veces claramente Belcebú, y sobretodo no olvides lo que prometiste.
Me recordé, entonces, que prometiera cortarle las orejas.
- No faltaré a lo prometido insistí, no queriendo ser desmentido.
- Deseó té el mejor éxito volteo él, y mejor: - Cuando hubieres concluido, nos avisa. Estás enfrente de la puerta por donde has de ir tener conocimiento.
Y se retiraron.
¡Aún no hubo valentía que se topase en crisis más acosada! Estuve a punto de llamarlos; pero sería enorme vergüenza, allí de ir a eso la renunciación de todas las esperanzas. Retuve me sobre el puesto, y medité algunos minutos.
- Quisieran aterrorizarme... - decía yo entre mí quieren verme que yo soy cobarde. Estos hombres, que me experimentan, están cercanos; y luego que yo haga la invocación, es de esperarse que ellos hagan el que querer que sea para asustarme. Valor. ¡Se vuelva la mofa contra los chacoteadores de mal gusto!
Ésta deliberación fue rápida, puesto que algún tanto perturbado por el gorgojear de los búhos y gatos que habitaban los alrededores y hasta el interior de la caverna.

Algún tiempo sosegado por aquellas reflexiones, aprémiame, impéleme, firmé el pie, y proferí el conjuro con voz alta, clara y recia, engrosando a cabalmente cuando con tres baterías, de intervalos cortos, le llamé Belcebú.
Me corría a las venas un escalofrío, al paso que los cabellos si me erizaban.
Mal acabé la evocación, se abre de par en par una ventana enfrente de mí, en el alto de la bóveda. ¡Un golfo de luminoso más esplendente que el sol corre por aquella apertura; una cabeza de camello, horrenda en el tamaño y en la hechura, surge en la ventana; las orejas principalmente eran descompasadas! ¡El fantasma hediondo encara las fauces, y con un ronco propio de tal monstruo, me responde!
- Che vuoi? (12)
Las bóvedas y subterráneos en vuelta resonaron la porfía el horribilísimo che vuoi.
No sé describir mi estado; ni sé cómo mi valor se tuvo, que yo no cayese fulminado por el espectáculo y aún más por el estridor que me retumbaba en los oídos.
Sentí preciso de valerme de todo mi brío y fuerzas, quebrantadas por un sudor glacial. Esforzándome, cuánto fue posible.
¡Hace sé menester que nuestra alma sea dotado de enorme vigor y urgentes recursos! ¡Que multitud de sentimientos, ideas y reflexiones me sobresaltan espíritu y corazón, impresionándolas todas simultáneamente!
Ven la reacción; consigo superar mi terror, y bolo rostro el rostro el espectro.
¿Que quieres tú de mí, disfrazado con ese solitario aspecto?
El fantasma titubeó por unos ratos.
- Me llamaste... - respondió él con la voz más aliquebrada.
¿El esclavo pretende aterrizar el señor? Si vienes recibir mis órdenes, preséntate convenientemente y en tono de siervo.
¡Señor! ¿Volvió el espectro en que forma quieres que yo me presente para darle gusto?
Cómo la primera idea que me ocurrió fue un perro, le respondí:
- Ven en la forma de perro español.
Proferida ésta orden el espantoso camello alargó los dieseis palmos de pescuezo, abarco la cabeza hasta el medio del piso, y vomitó un perro blanco de felpa sedoso y brillante, y orejas que rodaban por el suelo.
Se cerró la ventana, evaporase la visión, y solo yo y el perro permanecimos debajo de la bóveda bastante iluminada.
El perro andaba a la vuelta del redondel, sacudiendo la cola y dando gritos.
- Señor dijo él yo quería lamerte las puntas de los pies; pero el terrible redondel, que nos separa, me lo impide.

Cómo mi confianza osase ya por el atrevimiento, salí del redondel, extendí el pie y el perro lamió; hice un gesto de quién le quería arrancar las orejas, y el perro voltease de piernas al aire con modos suplicantes. Descubrí, entonces, que fue una hembra.
¡Te levantas! - grito te perdono. Bien sabes que vine acompañado. Algunas personas nos esperan cerca de aquí. El paseo fatigó las: quiero darles un postre. Si quieres frutas, conservas, helados, vinos griegos. Me entendió bien. La sala iluminada y decorada sin pompas, pero con aseó. Hizo el postre, entrarás con artista de primera plana, con tu arpa. Te daré una señal cuando hubieren de entrar. Ájala allá cómo te desempeñas. Darme expresión al paje, y al mismo tiempo decencia y comedimiento en tus actitudes.
¿Obedeceré, señor, pero con cual condición?
- Con la condición de obedecer cómo esclavo. Obedecer sin réplica, alias...
- Tú no me conoces señor; si no de otro modo te hubieses conmigo... Condición te pondría yo una que te desmontase y comprases.
Mal el perro concluirá su dicho, que, la media vuelta que hice, vio mis órdenes ejecutarse más de pronto del que se transforma un escenario en la ópera. Los muros de la bóveda, sobre los negros, húmedos, musgosos, se vertieron de colores suavísimas y agradables decoraciones: fue un salón de mármol veteado. La arquitectura mostraba un cimbre sentado sobre columnas. Ocho serpentinas de cristal conteniendo cada una tres velas, iluminaban por todo el ámbito con igual claridad en la improvisada sala.

III

Instantes después, mesa y aparador resaltan llenos de todas las especies de víveres de los más combinados: frutos y confeccionados de más rara calidad, del mejor paladar y más regalada apariencia. La porcelana del servicio y del aparador fue de legítimo Japón. El candelabro iluminaba así en la sala, gaifonando alrededor de mí, cómo para dar valor al servicio y a preguntarme si yo estaba contento.
- Muy bien, Biondetta! - le dije ya viste un traje, y ve decir a los señores que ahí están fuera que yo los espero, y que está puesta la mesa.
Mal desvié los ojos un rato que por luego entró en paje con mí libré, guapamente vestido, con un candelero acceso; Luego después volteo conduciendo mi camarada flamenco y sus dos amigos.
Predispuestos para el que querer que fuese extraordinario a la vista de la llegada y cumplimento del paje, cierto no preveían la mudanza hecha en el local donde me dejaron. Si mi ánimo no estuviese tan preocupado, mucho me divertiría con el espanto de ellos, que prorrumpieron en un grito, con las fisiognomías y posturas azoradas.
- Mis señores les dije yo, entonces por mi causa hicisteis gran caminata; y para volver a Nápoles tenemos que caminar mucho. Entendí por lo

tanto que este ligero postre vos no despreciarías, y me disculparíais de la poca opción y deficiencia, atendiendo a la prontitud.
Mi placidez asombró los más aún que el cambio de la escena y el espectáculo de la elegante merienda para la cual eran invitados. Dé tanto dijo, y resolví acabar deprisa una aventura de que yo interiormente nutría ruines sospechas. Forcejando, por lo tanto, en traer a baila toda la alegría congenial de mi genio, aproveché todo lo cómico posible de la situación.
Ínstelos a sentarse, mientras el paje llegaba con las sillas con maravillosa presteza. Estábamos alborotados, llené los copas, serví los frutos, comí y hablé, mientras los otros solo tenían boca para abrirse de espanto. No obstante, mucho rogados por mí, resolvieron comer. Hice un brindis la más hermosa cortesana de la Nápoles: se bebió. Hablé de la ópera nueva, de la improvisada romana llegada recientemente, y cuyo talento andaba mucho loado en la muesca. Volví a discutir las artes bellas, música, escultura, y por venir a talentos y dé cómo modelos algunos mármoles que adornaban la sala. Botella vacía fue luego sustituida por otra más generosa. El paje se multiplicaba, y el servicio no esmeraba un instante. Láncele la vista el hurto. Imaginen el amor trajeado de paje. Mis compañeros elucubraran en él con unos aires indicativos de sorpresa, placer y sobresalto. Molestaba me ya la monotonía de tal situación: hallé que fue tiempo de cortarla.
- Biondetto dije yo al paje la señora Florentina me prometió concederme algunos momentos: ver allá si ella ya viniese.
Biondetto salió.

Fue aún escaso el tiempo para mis huéspedes se maravillen de la extravagancia del mensaje, cuando la puerta del salón se abrió y Florentina entró con su arpa. Vino trajeada con un cierto atavió modesto, sombrero de viaje, y un hilo transparente en el rostro. Posó el arpa junta de sí, cortejó graciosamente, y dijo:
- Sr. D. Álvaro, yo no fui prevenida que estaba acompañado; Así vendría vestida con menos desaliño: estos caballeros querrán disculpar a una viajante...
Sentase. Ofrécenosle a la competencia los restos de nuestro banquetecito, que ella aceptó por condescendencia.
¿- Cómo es posible, señora, que pasando en Nápoles no os retuvieses allá? Pregunté.
- Soy obligada por el guión ir a Venecia, donde fui mucho cordialmente acogida en el carnaval pasado. Me forzaron a prometer que volvería, y ya acepté dinero por cuenta; sin eso no me esquivaría a las ventajas que la propia me merece, y a la esperanza de granjear los sufragios de la hidalguía napolitana, que en gusto si aventaja a toda la Italia.
Los dos napolitanos se inclinaron respondiendo al elogio, tan convictos de la realidad de la escena que restregaban los ojos. Presiono a la cantora que nos dejase entrever una relación de su genio. Estaba ella

un tanto resfriada y fatigada; temió, con razón desmerecer en nuestro concepto. Por propósito, determinó ejecutar un recital graciano y un aria sentimental que cerraba en 3er acto de la ópera en que ella había de estrenar sé.
Tomo de la arpa, preludio con la mano pequeña, larga, blanca y al mismo tiempo purpurina de la carne lisa que así vestía, con unos dedos que insensiblemente han afinando en las extremidades, de donde salían unas uñas de inconcebible gracia. Estábamos todos arrobados, y concientes de que asistíamos al concierto más delicioso.
Cantó. Tanta voz, tamaña alma y tanta expresión no tiene nadie. Nadie decía tanto con tan mínimo esfuerzo. Todo y fue una vibración hasta el íntimo del seno, y ya no me libraba que fui yo el creador de los amasios que me arrebataban.
La cantarina enderezaba mis expresiones maravillosas de su recitativo y el verso. Las flechas de los sus ojos miraban si por el velo. Eran de una blandura y penetración incompresibles: aquellos ojos no me eran desconocidos. Al final, combinando los trazos que entrelucían a través del velo, reconocí en Florentina el pillo de Biondetto; sin embargo, la elegancia y donaire de las formas sobresalían más locuaces y gentiles al tramar mujeril que en el vestido de paje.
Concluido el cántico, elogiamos debidamente la artista. Empeñadme para que nos cantase un aria viva que nos ocasionase admirarle la variedad del talento.
- No rehusó ella según la disposición en que estoy, iba salirme mal; además dijo, los caballeros de cierto notaran el esfuerzo que hice para obedecerles. Mi voz se resintió del viaje; le falta timbre. Ya saben que parto ésta noche. Voy en un coche alquilado, y estoy a las órdenes del boletero; ruégales por lo tanto que me disculpen, y concedan que me retire.
Dicho esto, levantase, y quiso transportar el arpa. Tómela de las manos; y, después de ir acompañarla hasta la puerta por donde entrase, volví por los compañeros.
Parece que yo debería tener motivado alegría; por el contrario, note tristeza en todos los semblantes. Apelé por el vino de Chipre, que hállalo delicioso, y me diera fuerzas y fortaleza de corazón. Redoblé la dosis. Y, cómo la noche fuese alta, dije a mi paje, ya repuesto de su lugar atrás de mi silla, que llamase mi carruaje. Biondetto salió luego a cumplir mis órdenes.
¿Tienes aquí coche? - preguntó Soberano.
- Tengo: ordené que me siguiese, previendo que, después de larga demora, les sería más cómodo no ir a pie. Bebamos más una copa, avisado que no hay peligro que corramos en la carretera.
Apenas yo dije esto, entro el paje con dos cocheros vestidos conmigo uniformados.
- Sr. D. Álvaro dijo Biondetto no pude hacer llegar su coche: Ella está allí a fuera de los restos que impiden el acceso a este lugar.

Levantemos. Nos siguieron el paje y los criados. ¡El camino!
Cómo no podíamos ir todos a la par por entre los fustes de las columnas deslavadas, Soberano que iba a mi lado, me acosó la mano, diciendo:
- Amigo, me diste ese óptimo regalo, pero ha de salirte caro.
Y yo replique:
- Mi amigo, si esto te dio placer, es muy feliz; del tengo por el precio que lo tengo.
- Llegando al carruaje; encontramos más dos sotas, un conductor, un postillón, un coche de viaje, todo a mis ordenes, con cuantos con fuertes cabían en el deseo. Hice las honras de confidente, y fuimos velozmente camino de Nápoles

IV

Nada se dijo por algún tiempo, hasta que un de los amigos de Soberano, habló así:
¡No le pesa su secreto, Sr. D. Álvaro; pero es forzoso que sus convenciones practicadas sean singulares! Aún nadie así fue obedecido. ¡Y yo, de mi, trabajando hay cuarenta años, aún no pude lograr la cuarta parte de las complacencias que se dieron con el señor en una solo noche! Ya no hablo de la más celestial visión que se puede imaginar: de eso provén pena para los ojos que se iluminen con esperadas delicias. En fin, el señor allá sabe... Es chico... En su edad, son tan acelerados los deseos que no dan pasaje a la razón... el que se quiere es llevar de asalto los deleites.
Bernardillo, así se llamaba el sujeto, se escuchaba cuando hablaba, y por eso me dio tiempo de pensar la respuesta.
- No sé reargüí con que derechos pude obtener favores distintos. Agoró que serán cortos, y todo el placer que me restará es haberlos apreciados como buenos amigos.
Notaran que ya fue poco expresivo, y da se el enfriamiento de la plática. En tanto el silencio dio se a reflejar. Me recordé de lo que hiciera y viera; comparé los diceres de Soberano y de Bernardillo; concluí que acababa que salir del peor paso a que el va y la temeraria curiosidad podía exponer a un hombre cómo yo. Yo no fui escaso de luces. Hasta a los trece años estuve bajo la inspección de D. Bernardo Maravillas, mi padre, gentil hombre sin mácula, y de Dña. Mêuncia, mi madre, la más respetable y religiosa dama que hubo en la Extremadura. ¡Oh mi madre! ¿Decía yo que juzgaríais de vuestro hijo si el hubiese avisado y el vinieseis ahora? Pero esto ha de durar poco... ¡Palabra!"
En este ínterin, el carruaje llegó a Nápoles. Fui llevar a la casa a los amigos de Soberano. Este y yo volvimos al cuartel. El brillo de mi equipaje ofuscó los centinelas delante de las cuales pasamos; sin embargo, la hermosura de Biondetta, que iba en la almohada del coche, dio mayor realce al espanto de los espectadores.
El paje despidió al siervo y los cocheros, pego de la linterna que un mandadero llevaba, y atravesó las casernas para conducirme a mis

aposentos. Mi escudero, más pasmado que los otros, quería pedirme cuentas del nuevo equipaje que yo ostentara.
- Basta de preguntas, Carlos le dije yo recogiéndome a mi cuarto puedes irte, que no eres acá preciso. Ve echarte, mañana hablaremos.
Estábamos a solos en la misma recámara. Biondetta cerró la puerta. Mi situación fue menos engorrosa entre los sujetos que dejase, y en los lances tumultuosos que persiguiera.
Queriendo por terminar la aventura, me recogí un instante. Relanzo la vista al paje, y le veo los ojos clavados en el suelo. Purpuréale el rostro; denuncia en las posturas gran abatimiento y conmoción. Al final, delibero hablarle.
- Biondetta, me serviste primorosamente; realizaste los servicios que me hiciste con muchísima galantería; pero, cómo entiendo que ya de antemano habías sido pagada, creo que están saldas nuestras cuentas.
- D. Álvaro es muy noble para juzgarse le desquite con tan poco.
- Por lo tanto si hiciste más de lo que debías, y yo te debo, dame tu cuenta; pero no prometo pagarte de pronto. El sueldo de este mes está devorado. Debo en la talabartería, en el hotel, en el sastre...
- Eso es bromear fuera de tiempo.
- Se es forzoso abstener si de gracejos, te pediré que te retires, por qué es tarde, y quiero dormir.
¿Y me manda a tal hora y tan descortésmente aunque? ¡Yo no esperaba tal indelicadeza de un hidalgo español! Sus amigos saben que yo vine por aquí; sus soldados y criados vieron y adivinaron mi sexo. ¡Si yo fuese una vil ramera, puede ser que D. Álvaro me tuviese en alguna consideración; pero ese proceder es infamante, ignominioso! ¡No hay ahí mujer que se no considerase humillada con tal hecho!
¡Entonces, por los modos, aparte ser ahora mujer para conciliar respetos! ¡Por lo tanto vaya allá! Para resguardarme al escándalo de la salida, toma tu cargo escabúllete por el agujero de la cerradura de la puerta.
¿Por lo tanto deberás? Sin saber que soy...
¿Por lo tanto no sé?
- No sabe, digo le yo D. Álvaro solo escucha sus preconceptos... Pero quién soy yo, aquí estadme sus pies con las lágrimas los ojos. Le suplico cómo quién invoca un defensor. Una imprudencia mayor del que si, talvez perdonable, por qué D. Álvaro me causó, me hizo hoy arrojar lo todo para obedecerle, ser suya y seguirlo. Conjura contra mí las más crudas e implacables pasiones. Protección no tengo alguna señal suya; así tengo solo el de su alcoba. ¿Me cierra, Álvaro? ¿Dijese ha que un jinete español trato con tal rigor y severidad alguien que le sacrificó una alma sensible, un ente frágil, desvalido de todo amparo que no sea suyo? ¿En una palabra, yo... una mujer? - Recurrí tanto cuánto pude para esquivarme; ella sin embargo, me abrazaba las rodillas, y me seguía a punto al rojo. En fin, recostadme a la pared:

¡Levántate! - grite sin pensarlo, me fuerzas por un juramento que hice. Cuando mi madre me dio la primera espada, me hizo jurar sobre el puño que toda la vida sería el opresor de mujeres, y a ninguna recusaría mi brazo. Cuando lo mismo sea el que pienso que hoy es...
- Por lo tanto entonces, cruel, sea el que fuera, permítame que yo fique de su cuarto.
- Concedo por la raridad de suceso, y por coronar la extravagancia de mi aventura. Trata de agasajarte de modo que yo no te vea ni oiga. La primera voz, o movimiento que me inquiete, yo engrosare el sonido de mi voz para mi turno preguntarte: Che vuoi?
Voltea le las cuestas, y acerque me al lecho para despedirme.
¿Quiere que yo le ayude? - preguntó.
- No, soy militar, y acá me sirvo.
Me eché.

V

A través de la cortina de mi lecho, vi el supuesto paje arreglar la esquina de mi cuarto una arcatifa vieja que encontró en el guarda ropa. Subiese arriba, despidiese completamente, se envolvió en un capote mío que halló en el espaldar de una silla, apagó la luz, y la escena por entonces final de esta suerte; pero da el poco, recostado en mi lecho donde yo no podía adormecer.
Diré se iba que el retrato del paje estaba suspendido en el baldaquín del catre y en las cuatro columnas: yo no vía otra cosa. De balde forceje por asociar aquélla imagen encantadora a la idea del pavoroso fantasma que yo tenía visto: la primera visión realzaba las bellezas de la segunda.
Aquel melodioso cantar que yo oyera en la caverna, la tonada de aquella voz deleitosa, aquellas voces que suenan cómo vibraciones apasionadas del corazón, resonaban aún en mí alma con excitaciones de singular estremecimiento.
- Ah! Biondetta! Decía yo conmigo mismo Si tú no fueses un ser fantástico, si tú no fueses aquel horrendo dromedario...
¿Pero que razones si apoderaran de mí? Si vencí el terror, atrevo me a entrar en el amago de un más peligroso sentimiento. ¿Que delicias me pueden advenirme? ¿No serán ellas siempre empecinadas de su razón?
El fuego de aquel tan penetrante olor, tan dulce, es veneno atroz. Aquella tan hermosa boca, tan nacarina y fresca, y de tan inocente apariencia, es una fuente de imposturas. Aquel corazón, si es que allí hay corazón, solo traiciones podían inflamarlo.
Mientras yo me desvariaba en pensamientos sugeridos por los varios movimientos que me agitaban, la luna, apostada en el alto del hemisferio en cielo puro, pardeaba sus rayos de mi cuarto a través de tres grandes ventanas.

Yo me remecía frenéticamente en mi cama. Aquí está que, en razón del lecho a ser usado, la madera dar de sí, y las tres planchas, que amparaban el almohadón, caen con gran estallido.
Erguid se Biondetta, y corre hacia mí con aires de asustada, exclamando:
¿Que desgracia le sucedió, D. Álvaro?
A pesar de este incidente, yo no sacaba los ojos de ella. La vi levantarse y correr. Vestía una camisa de paje; y la luz de la luna tocándole en las piernas parecía tenerse alindado en el reflejo.
Incomodado por el mal arreglo de mi cama, que permaneciese de modo que me dejara peor del que estaba, peor me hallé aún tupido en los brazos de Biondetta.
- No me sucedió mal ningún le dijo yo retira te. Andas en plantillas por el suelo... vete allá si no te resfrías... Te va aunque...
- Pero el señor así no está bien...
- Mal me siento yo contigo aquí... Retírate.... Y, se quieres estar echada conmigo o a mi orilla, te mando que vayas dormir en aquella tela de araña que está en aquella esquina.
No quiso oír el propósito de la amenaza: fue echarse en la estera, sollozando bajo.
Vino apuntando la aurora, cuando yo, vencido por el cansancio, dormí algún tiempo. Despertando ya en el día avanzado. Es fácil suponer que tutela dé a mis ojos. Procuré los del paje. Estaba ya vestido, pero sin el gabán, sentado en un taburete, desensartando las madejas que ondeaban hasta el piso, cubriéndole con fluctuantes espirales en el dorso de los hombros y el rostro enteramente.
A falta de mejor cepillo de tocador, desenrizaba los cabellos con los dedos. Nunca peine de más bello marfil persa en más espesa cabellera de rubicunda cenicienta. Aquellos hilos de oro decían con las otras perfecciones. Cómo yo, acordando, me moví blandamente en el lecho, ella alejó con los dedos las trenzas que le cubrían la cara. ¡Imaginen una aurora de primavera alboreando entre las neblinas de la mañana con sus rocíos, frescuras y fragancias!
- Biondetta le dije yo toma del peine, que está ahí en la gaveta de esa papelera.
Obedeció.
Y luego, atados con una bola, levantó los cabellos sobre la frente con tanta elegancia cómo destreza. Vistió el gabán, se atavió completamente y sentó se en su silla con timidez, extrañeza y una cierta inquietud que solicitaba vivamente la piedad. Si yo tenía decía yo conmigo de ver hoy mil marcos, cual de ellos más provocador, no esperaré por eso. Vamos al desenlace, se es posible.
Y le hablé así:
- Es de día hace mucho, Biondetta. La decencia está salva; puedes salir de mi cuarto, sin recaer a irrisorio.

- Presentemente dijo ella eso ya no asustarme; el que más me intimida son sus intereses y que no nos permiten separarnos.
- Te explico.
- Voy explicarme, Álvaro. Su juventud e imprudencia no lo dejan ver los peligros que amontamos a nuestra vuelta. Cuando lo vi en la bóveda final que soy cautiva, esclavizada por el heroico denuedo con que afrontó aquella hórrida visión. Y yo dije, entonces, a mi misma: "Si para llegar a la felicidad, he de unirme a un mortal, es tiempo de hacerme cuerpo: aquí está aquí un héroe digno de mi. ¿Aunque si revolvían los despreciables rivales que yo le sacrifico: corra yo el peligro del odio vengativo de ellos, que importa? Amada de Álvaro, unida a Álvaro, ellos y la naturaleza nos obedecerán". El restante lo sabe D. Álvaro. Las consecuencias son estas. Envidia, celos, despecho y rabia tomen me los más crudos suplicios a que puede ser sometido un ente de mi especie, degradado por su libre albedrío, si Álvaro no me protege. Desde que rompió la mañana los delatores van en camino de los tribunales a acusarlo de nigromante. De aquí a una hora...
¡Basta! ¡Grite yo cerrando los puños contra los ojos tú eres el más ladino y insigne de los pillos! Me hablas de amor, afínelas la máscara del amor, filtras pregona en esa idea sublime... prohíbo te de me dijeres a tal respeto una única palabra. Me deja verse consigo tranquilizar me, para deliberar lo que debo hacer. ¿Se es forzoso que yo resbale a las manos de la justicia, no vacilo, en este rato, entre ti y ella; supuesto, sin embargo, que tú me salvas de este lance, con que partido haces? ¿Poder apartarme de ti cuando me aproveche? Te ordeno que me respondas en términos claros y precisos.
- Para separarte de mi, Álvaro, bastarte ha de quererlo. Yo misma deploro que mi sumisión sea forzada. Si allá adelante, Álvaro sabes el que yo le soy, será indiscreto e ingrato, si...
- No quiere saber de nada señal que debo partir ya. Voy llamar mi escudero... Es preciso que él me arregle dinero y transporte... Voy a Venecia hablar con Bertinelli, banquero de mi madre.
¿Precisa dinero? Felizmente que yo me previne. Aquí lo tengo a su disposición...
- Guárdatelo. Si tú eres mujer, yo no practicaré el vivísimo hecho de aceptártelo.
- No es dádiva, es préstamo que le hago. Me da una orden sobre su banquero. Haga una lista de lo que debe en Nápoles. Deje en su papelera la orden a Carlos para pagar. Escriba a su comandante la disculpar si, alegando que un negocio indispensable lo obliga a ausentarse sin su licencia. Yo voy buscar carruaje; pero, antes de esto, Álvaro, yo, forzada a separarme, me siento alanceada de terrores. Diga estas palabras: Espíritu, que solo por ser mío y solo mío tomaste forma corpórea, acepto su vasallaje y te concedo mi protección.
Prescribiéndome ésta fórmula, me abrazó por las rodillas, regándome las manos de lágrimas.

Yo me sentía desorientado, sin saber el que hacer. Dejé la besar las manos y balbuceé las palabras que tan importantes le parecían. Después de que, se levantó y exclamó con transporte:
¡Soy tuya! ¡Ahora sí! ¡Puedo obtener la suprema felicidad humana!
Instantáneamente, se envolvió en un amplio manto, cargó sobre la frente el ala de un gran sombrero y salió.
Quede estupefacto.
Procuré el rol de mis acreedores. Escribí a la orilla la orden de pago y conté el dinero preciso. Escribí al comandante y a uno de los mis más íntimos amigos, cartas que ellos habían que hallar disparatadas. Y ya el chicote del cochero y el rodar de la servidumbre oían al llegar a la puerta.
Biondetta, siempre rebuscada en el manto, llegó y me llevó. Carlos, despertado por el ruido, apareció en camisa.
- Va le dije yo a mi escribano que allá dejé mis ordenes para ti. Voy para fuera.

VI

Biondetta entró en el carruaje conmigo, sentándose al frente. Al salirnos de la ciudad, sacó el sombrero que escondía. Los cabellos los llevaba ceñidos con un listón carmesí; no se les vía seña de agujeta, hecha de perlas y coral. Si de otro ornato, aquel rostro le bastaban las propias perfecciones. Aquella tez parecía envuelta en el que quiere que fuese transparente. ¡Mal podría conciliarse la astucia que le mostraba en los ojos con tanta blandura, candidez e inocencia! A mi pesar, estas observaciones ya me han dominando; y, si las tenían cómo nociva a mi reposo, cerraba los ojos para no contemplarlas.
Quise dormir, y conseguidlo. Ensueños deliciosos vinieron a serenar mi alma exaltada por las desvariadas ideas que la tenían inquietado. Fue largo aquel dormir; y mi madre, más tarde, me dijo que aquel sopor fue no natural. Al despertar, me hallé en la orla del canal donde esta el embarque para Venecia. La noche iba avanzada; sentí que me sacaban por el brazo, eran un carruaje que quería llevarme el equipaje. ¡Y yo ni siquiera llevaba un gorro de dormir!
Biondetta me apareció en la otra portezuela, diciéndome que estaba listo el barco en que debíamos partir. Descendí automáticamente, entré en la cama y recaí en el letargo.
En la mañana siguiente me hallé en la Plaza de San Marcos, en el más lujoso aposento de la mejor Posada de Venecia. Yo ya la conocía, y la reconocí luego. Buena ropa blanca, y un rico "albornoz de chambre" a la orilla de mi lecho. Imagine que esta sería deferencia de albergero que me vía desproveído de todo.
Erguí me y yo observe fui el único ente vivo en habitar en aquel cuarto. Procuré Biondetta.
Corrido de esta flaqueza, di gracias a mi propicia fortuna. "Aquel espíritu y yo no eran, por tanto, cosas inseparables; aquí está me libro

de ella; y, después de mi desatino, si yo no perder, señalo, mi puesto en las guardas del rey, debo considerarme mucho venturoso".
¡Ánimo, Álvaro! - reanudó yo hay muchas cortes, hay más reyes allí del de Nápoles; esto te sirva de corrección, si no eres incorregible, y, después, andarás mejor. Si rehusaren tus servicios, la madre cariñosa, y un patrimonio modesto en la Extremadura te abren los brazos.
¿Pero que quería de mi aquel trasgo que veinticuatro horas me persiguió? ¡Que seductora cara él arregló! Me prestó dinero, que yo debo pagarle."
En esto se me aparece el acreedor, conduciéndome dos criados y dos gondoleros.
- Es preciso dijo él que se sirva con estos mientras Carlos nos vea. Me afianzaron la fidelidad y la inteligencia de estos hombres, y aquí tiene los más valientes conductores de la República.
- Estoy satisfecho con tu alcoba, Biondetta. ¿Pernoctaste aquí?
Y el paje con los ojos en tierra respondió:
- Yo dormí en este mismo hotel, pero en el cuarto más apartado del de vuestra excelencia, para serle menos incomodo que posible fuese.
Me pareció bien y delicadísima la distancia que él interpusiera. Le quise bien por eso.
"Cuando mal dije yo conmigo dejar que de andar el espíritu en el diáfano del aire, si le aprestas a ejercer su maleficio invisiblemente. Yo calcularía las distancias, cuando él estibar en sitio donde el vea". Contento con estas razones, aprobé todo.
Quise salir a procurar de la correspondencia de mi madre. Biondetta providencio a mi guarda traje; y, así que apartarme, fui donde se estacionara.
El negociante acomódame de modo que me hizo espantar. Estaba en el escritorio, y ya de lejos me sonría, y vino a mi encuentro.
- Don Álvaro me dijo no lo juzgaba acá. Llegó mucho a punto para evitar que yo practicase una inconveniencia. Yo iba mandarle dos cartas y dinero.
¿La mesada?
- Sí, y más alguna cosa. Aquí están los doscientos chelines llegados ésta mañana. Un viejo hidalgo a quién pasé recibo nos entregó de parte de Dña. Mência. Cómo no tengo recibidas noticias suyas, su madre juzgadle enfermo, y se encargo un español suyo conocido de darme el dinero para yo transmitirlo.
¿Le dijo el nombre?
- Escribidle en el recibo: es D. Miguel Pimientos, que dice haber sido escudero en su casa. Cómo ignoraba su estadía en Venecia, no le pregunté donde residía.
Embolse el dinero. Abrí las cartas. Mi madre se lastimaba de su enfermedad, de mi descuido y no me hablaba del dinero remitido. Quede sensibilizado con tanta bondad.

Con la bolsa tan a propósito rellenada, vine vivamente para el hotel, y me costó encontrar Biondetta en el remoto cuarto donde se hospedara. La entrada para este cuarto fue una escalera particular lejana de mi puerta. Tópela casualmente. Me acerque y al verla, al pie de una ventana, curvada a adjuntar y a graduar los destrozos de un piano.
¡Ya tengo dinero! - exclamé Aquí te traigo el que me préstate.
Ella coreo, lo que siempre le sucedía antes de hablar. Procuró mi título de deuda, me entregó, recibió el dinero y me dijo que yo fui puntualísimo, y que ella desearía sentir por más tiempo el placer de tenerme en obligación.
- Pero yo aún te debo el importe de los transportes.
Ella tenía la cuenta sobre la mesa; le pague.
Sale con aparente serenidad. Me pedió que le diese mis ordenes; yo no tenía ordenes que dar le y dejé la respuesta al componer el clavo, volteando me las cuestas. Observé por algún tiempo. Me pareció mucho entreoída, empleando en su tarea tanta actividad como ciencia.
Fui a pensar en mi cuarto.
"Aquí está allí apareciera el tal Calderón que encendía el pipa de Soberano, y, puesto que tenga unos modos asaz distintos, no procede de mejor familia. ¿Si ella no volver exigente y incomoda, si no tuviera más otras pretensiones, que importa que yo la conserve? Allí de que, ella afirma que yo puedo deshacerme de su compañía cuando quisiera. ¿Por qué he de querer ya lo que puedo querer luego?"
Interrumpieran si estas reflexiones, anunciando que estaba la cena en la mesa.
Senté me. Biondetta me servía en gran vestuario. Estaba atrás de mi, solícita a prevenir mis deseos. Yo no precisaba voltear la cabeza para verla. Tres espejos a un tiempo le repetían todos los gestos.
Finjo la cena, me levanté y ella salió.
Entró el albergero, que yo ya conocía.
Fue tiempo de carnaval. Mi llegada le pareció natural. Me dio los empaques de mi equipaje, que denunciaba prosperidad y elogio grandemente a mi paje, el más lindo mozo, el más aficionado, inteligente y delicado de que él tenía noticia. Me preguntó si yo intencionaba holgar en el carnaval. Le dije que sí. Visado un dominó, y embarque en mi góndola.
Recorrí la plaza, fui al teatro y al Ridotto. Jugué, gané cuarenta chelines, me recogí tarde, extraviado por toda la parte a donde el libertinaje me llevó.
Mi paje, con el tocado en puño, me recibió en el patio, me entregó los desvelos de un escudero y se retiró, me pregunto a que horas mandaba yo que entrase a mis aposentos.
- A las del la costumbre respondí sin saber el que respondía, sin pensar que nadie sabía mis hábitos.
Erguí me tarde y me levanté despacio. Acaso repase la vista a las cartas de mi madre. ¡Digna señora! ¿Exclamé Que hago aquí? ¿Por qué no voy

acogedme a sus prudentes consejos? He de ir, he de ir; que no me resta mejor refugio".
Dieron tanto de que yo estaba acordado, por qué hablé alto. Alguien entró: fue ella, el abismo de mi razón. Entró afectando desinterés, modestia, sumisión y por todo eso me he vuelto aún más peligrosa. Me anunció el sastre con las haciendas. Hechas las compras, desapareció hasta la cena.
Comí poco y corrí al remolino de las folias de Venecia. Me envolví con los camaradas, oí y dijo sin saborear, fui al teatro y después al juego, hasta entonces mi pasión predilecta. De esta vez gané mucho más que la otra.

VII

Resbalaron diez días en la misma situación de corazón y espíritu, y en los mismos desvaríos. Depararan se mis viejos y nuevos amigos. Fui presentado en las asambleas más del tono, y admitiendo al juego de las casas más grandes.
Todo iría a las mil maravillas si la fortuna del juego no me desandadse. Una noche, perdí en el Ridotto mil y trescientos chelines que tenía apostado. ¡Con tamaña infelicidad nadie aún jugó! A las tres de la mañana, salí sin un centavo, debiendo cien chelines a mis conocidos. Todo en mi denotaba la gran amargura que iba en el alma. Biondetta se mostró consternada; pero no profirió palabra.
Al otro día, me levanté tarde. Entré al pasar en el cuarto batiendo recio en el suelo los enormes pasos. Me sirvieron el almuerzo, que no pude comer. Retirado el servicio, Biondetta, en ves de su costumbre, permaneció. Fíjateme algunos momentos y me dijo con las lágrimas en el rostro:
- D. Álvaro perdió, y talvez no pueda pagar.
¿Y, si así fuese, cómo he de remediar esto?
- Eso es ofenderme. Cuente con mis servicios por el mismo precio; pero cortos serían ellos, si tan solamente si cifrasen en hacerlo contraer conmigo obligaciones que le impone el deber de rescatar sin demoras. Consienta que yo me siente. La conmoción no me deja estar de pie. A demás que tengo cosas importantes que decirle. ¿Quiere arruinarse? ¿Por qué juega tan desesperadamente, si no sabe jugar?
¿Juegos de mala suerte quién es que no los sabe? ¿Quién me enseñaría normas en tal juego?
- Alguien. Los juegos de suerte, que Don Álvaro llama de acaso, se estudian. En el mundo no hay ocasos; es todo y todo será siempre un encadenamiento de combinaciones necesarias, que solo se perciben con la ciencia de los números, cuyos principios son, a un tiempo, tan abstractos y profundos, que no hay fijarlos sin iniciación del maestro; pero hace se menester que el discípulo si le da, y a él se identifique. Yo solo tengo una imagen para poderle pintar este sublime conocimiento. La cadena de los números forma la armonía del Universo, regula el que

ahí llaman de casos fortuitos y supuestas predestinaciones, forzando las a depender cada una su lado, mediante unos invisibles fieles de la balanza, desde lo que pasa en lo más importante en las altas esferas, hasta a los miserables ocasos que hoy lo desvalijarán de su dinero.
Este trecho científico en boca infantil aquella súbita propuesta de darme un maestro me ocasionó escalofrío, una transpiración glacial cómo a que sudase debajo de la bóveda de Portici. Encare en Biondetta, cuando descendió los ojos, y le dijo.
¡No quiero maestro! Recelo aprender demás; pero ver allá si me convences de que un hidalgo puede saber más alguna cosa en el juego, y aprovecharse de esa ciencia sin desfalque de su honra.
Ella aceptó la tesis y aquí va el resumen de su demostración:
- La banca es combinada sobre la base de un lucro exorbitante que se renueva a cada rato; si ella si no se arriesgase, la república robase manifiesta y seguramente a los particulares. Pero los cálculos que podemos hacer son conjeturas, y la banca hace siempre buen juego, luchando contra una persona experta por cada diez mil parvos que logra.
La convicción me fue insinuada con más de algunas demostraciones. Una solo combinación aprendí, simplísima la que parecía; los principios no los percibí; pero lo cierto es que en aquella noche le conocí la infalibilidad en el resultado. En poco le diré: gané cuánto había perdido, pague las deudas y restituí a Biondetta la cuantía que me prestase para tentar fortuna.
Estaba menos mal de medios; pero cada vez más flaqueado. Se me renuevan las sospechas de las intenciones del ente nocivo, cuyos servicios yo aprovechase. Ya yo no sabía lo cierto si podría apartarme de ella. Cómo quiera que fuese me menguaba valor para desearlo. Robaba de ella los ojos, y en toda parte la veía.
El juego ya no me fue derroche atractivo. La banca tan apasionadamente deseada, así que perdió el peligro, ya no me fue estímulo bastante. Las jolgaridades carnavalescas añoraban me: los espectáculos me aborrecían. Si yo tuviese corazón libre para aliarme a alguna de las mujeres de la alta plana, sentirme iba repelido por el fragor, ceremonias y aborrecimientos de las galanterías y piropos del uso. Restaba me casino de la alta sociedad, donde yo ya no quería jugar, y la sociedad de las loureiras.
Entre las mujeres de esta medida había algunas más distintas por la elegancia de su pompa y gala de su convivencia, que por agrados de sus personas.
En esas casas hallaba yo una libertad de mano llena que me daba placer, un reír estrepitoso que me aturdía, si no me agradaba; en fin un incesante abuso de la razón que, a intervalos, me desesperaba de las angustias de mí. Yo galanteaba a todas las mujeres de aquella estofa donde fui llevado, sin aportar a alguna ningún intenso; pero la más

celebrada de todas nutría a mi a respeto planes que luego puse en acción.
Se llamaba Olimpia. Tenía veinte y seis años, extremada belleza, talento y gracia. Me dejó luego entrever que me tenía a su cuenta; y yo, que no sentía nada, me dejé llevar, para más me cedo librar de ella y de mí.
Comenzamos nuestras relaciones desabridamente; y, cómo ningún placer me daba, cuidé que serían otro tanto para ella. Esperaba yo que Olimpia, hastiada de mis distracciones, buscara luego novio que mejor la incitase, siendo cierto que la más desinteresada pasión fuera base de aquel enlace. Otros hados, sin embargo nos destinasen nuestros planetas. Estaba sin duda escrito que ésta mujer soberbia y iracunda fuese castigada amándome, y que yo por ella me viniese enredado en nuevas tramas.
Yo ya no fue señor de ir a la noche para hotel; y, durante el día, todo fue billetes, recados y espías.
Se lastimaba de mi frialdad. Celases sin objeto atentaban contra las mujeres que podía merecerme leves atentaciones. Quererla hasta yo las tratase groseramente, si mi carácter si prestase a tanta vileza. Me saboreaba de este continuo tormento; pero fue forzoso tolerarlo. De buena fe me esforzaba yo por amar a Olimpia, amar que fuese quién fuese, con tanto que me distrajese de la inclinación peligrosa que me acechaba. En el en tanto, un lance de mayor estruendo se preparaba.
Yo fue clandestinamente espiado en el hotel por orden de la tal dama.
¿Desde cuando me preguntó ella tienes tú el bello paje que tanto te interesa, que tantos cuidados te dará y tanto seguéis con la vista cuando te sirve de tu cuarto? ¿Por qué lo fuerzas a tan austero recogimiento? ¿Por qué es que nadie lo vio aún en Venecia?
Y yo respondí:
- Mi paje es un mozo de buena familia y de cuya educación yo por deber me encargue. Es...
¡Es replico ella iracunda y fulminante es, traidor! ¡Es una mujer! Una de mis confidentes la vio vestirse, a través de la cerradura.
- Te doy mi palabra de honra que no es mujer.
- No adjuntes la mentira a la traición. Ésta mujer no es feliz, por qué hay quién le vio llorar. Tú solo sabes atormentar los corazones que se te dan. Engañaste la, cómo a mi, y abandonaste la, cómo a mi. Manda a los padres esa pobre niña; y, si las tuyas prodigalidades te impiden que ser bueno, yo la recompensaré. Le debes un destino... Yo lo daré; pero es preciso que ella mañana desaparezca.
¡Olimpia! - replique lo más serenamente que pude juro y torno a jurar que no es mujer; y plazca al cielo...
¡Que quieren decir estas imposturas de plazca al cielo, monstruo! Despedí la, torno la decir te, señal... Pero tengo otro medio... yo te arrancaré la máscara, y ella oirá la razón, si tú no eres capaz de oírla...

Acostumbrado por tamaño torrente de injurias y amenazas, pero fingiéndome insensible, fui para mi casa, bien que ya mucho la deshoras.
Mi entrada impresionó a los criados, y particularmente a Biondetta, que pareció recelosa de mi mal estado de salud, bien que yo le afirmase que estaba bien.
Después de liarme a Olimpia, raras veces le hablase, sin que todavía lo proceder de ella conmigo si alterase levemente. El rostro, sin embargo, denunciaba la melancolía y postración del alma.
Al otro día, apenas desperté, Biondetta entró en mi alcoba con una carta abierta. Me entregó y yo leí:
“Al supuesto Biondetto "
“No sé quién sois, señora, ni el que hacéis en casa de D. Álvaro; pero sé que sois nueva además para ser indispensable, y que estáis en poder de sujeto para que sino tenga pena de vosotros. Es que presumir que ese caballero vos haya prometido el que promete a todas, el que todos los días me jura, bien que determinado a traer nos ambas. Me dicen que tienes tanta discreción cuánto hermosura; es por lo tanto de esperar que vos aproveche un bueno consejo. Estáis en edad, señora, de remediar la culpa que hubieres cometido; y una alma sensible vos abre la ocasión. No se piensa en los sacrificios necesarios a la seguridad de vuestro reposo. Coste el que costar. Es menester que él sea adecuado a vuestra posición, a los intensos cuyo abandono vos aconsejaron, a los que podéis absorber en el porvenir, y por tanto vosotros misma pautareis vuestro destino. Se persistís en querer ser iludida y desgraciada, envolviendo otras en vuestra miseria, acautelar vos contra todo que la desesperación puede inspirar más violentamente a una rival. Espero respuesta."
Leída la carta, restituí a Biondetta, y le dije.
- Responde a esa mujer que es tonta; y tú sabes mejor que yo cuánto ella es tonta.
- D. Álvaro conoce a... ¿Que juzga de ella?
- Juzgo que ella me enoja hace mucho, y por eso la dejo; y para más sobre lo seguro me de librar de ella, voy ésta mañana alquilar una linda vivienda que me ofrecieron sobre la Brenta.
Me vestí y fui luego alquilar la casa.
Durante la ida fui reflexionando en las amenazas de Olimpia. ¡Pobre loca! - decía yo quiero matarla...". Y no pude nunca, sin saber la razón, de proferir la palabra.
Concluido el contrato, volví para la casa, justo, y recelando que la fuerza de la costumbre me llevase para Olimpia, resolví no salir más.
Lancé la mano de un libro; pero luego lo depuse, por no poderme aplicar a la lectura. Fui a la ventana, y todo me entendió en vez de divertirme. Entré a pasear rápidamente en mi cuarto, buscando tranquilizar el ánimo con la continua tempestad del cuerpo.

VIII

En este caminar al acaso, me dirigí a un guardarropa sombrío, donde mis criados guardaban cosas precisas para mi servicio, pero impropias de mi atención. Nunca allí tenía ido. Me sedujo la oscuridad del sitio. Asenté me sobre un cofre, y me quedé algunos minutos así.

En el término de esta corta pausa oí rumor en el cuarto próximo; un rayo de luz que me hirió la vista me atrajo a una puerta plegada. La luz venia del orificio de la cerradura. Aceché.

Vi Biondetta sentada en frente de su clavo, con los brazos cruzados, en postura de persona que devanea profundamente. Rompió ella el silencio.

- Biondetta! Biondetta! Me llama Biondetta. Es la primera y última palabra "cariñosa" que tiene salido de los labios de él.

Se calló, y pareció recaer en la profundidad de sus pensamientos. Después, acerco los dedos sobre el teclado del clavo que yo le viera concertar. En el estante frontero estaba un libro cerrado. La media voz, y acompañándose, preludio y cantó.

Luego atine que ella cantaba una composición improvisada. Atenté el oído y oí mi nombre y el de Olimpia. Improvisaba en prosa sobre su situación y de la rival que reputaba más feliz; en fin, sobre mi rigor y sospechas que daban hacer la inconfidencia que me expulsaba de la bien aventuraza; por qué ella me sería estrella conductora a las grandezas, opulencia y sabiduría cosas necesarias para su felicidad. ¡Ay! ¡Decía ella es imposible! Cuando él supiese quién soy, mis flojos encantos no lograrían cautivarlo; que la otra..."

En el rapto de la pasión, las lágrimas sofocaban la. Erguén si, pegó de un pañuelo, movió los ojos y volteo para el clavo. Al sentar se dio tentó de que la poca altura de la silla la contraía. Sacó el libro del estante, pon lo sobre el taburete, abanico y preludio nuevamente. Percibí que la segunda escena de la música sería diversa de la primera. Reconocí la música de una barcarola mucho en la moda entonces en Venecia. Repitió las dos veces. Después con voz más distinta y firme, cantó estas trovas:

¡Ay! ¡Que ilusión fue mí!
¡Hija del aire, hija del cielo, Por Álvaro yo perdí todo, El amor de él me perdió!
Ya sin fuerza, ya sin resplandor
Rojo me esclava en el suelo.
¿Y cual paga me compensa?
¡Me desprecia la servidumbre!
Corcel, la mano que te guía, Las crines te han de acariciar;
Tú vais cautivo, oprimido;
Pero no te quieren confundir.
El esfuerzo a que te obligan

Dar el garbo, honra y valor, Y el brazo, que te reprime, No te punge despreciable.
Oh Álvaro, otra te prende
¡Lejos de mi corazón!...
Dice los filtros con que puede
¡Sopesar tu exención!
Cuidan que ella es sincera;
Le dan fe, por qué ella el dice...
Ella agrada... Yo no agrado...
Sospecha si de la infeliz...
La desconfianza acerba
Empecina el corazón.
Se estoy regalo, intimido;
En la ausencia, odio me dan.
¡Ay! ¡Tormento imaginario!
Sin razón, gimiendo estoy...
Se hablo, miento y me impongo;
Si me callo, traicionera soy.
Amor, eres padre de la impostura...
¿Impostora yo soy, Amor?
¡Ay! De esta injuria nos venga;
Pune quién culpado fuera.
Dar que el ingrato me conozca
Y retienes esa que es, Y quién querer que sea, absorbo, Si yo no soy, de su fe.
Falla de mi suerte
La triunfante rival;
¡La amenaza me destierro, O talvez golpe mortal...!
Ah! No quebréis vuestros hierros, Oh celos del corazón, Que no vayas causar odios...
Silencio, mi pena. (13)
El sonido de la voz, la pagina, el sentido del poema, el ritmo, levantaron en mi un alborozo que no sé describir. ¡Ente fantástico! Peligrosísima impostora! ¡Exclamé saliendo rápidamente del local donde me detuviera largo tiempo Quién mejor imitaría las hechuras de la verdad y de la naturaleza! ¡Que dichoso yo soy en haber solo hoy conocido ésta fecha dura! Cuántas veces yo aquí no vendría deleitarme y colaborar de mi propio engaño ¡Fuera de aquí! ¡Voy para Brenta mañana y desde ahí me escapo!"
Llamé inmediatamente a un criado, e hice conducir por una góndola toda que me fue urgente la protección de una noche en mi nueva residencia.
Me iba ser penoso esperar que anocheciese. Salí. Andar a la ventura. A la esquina de una calle, me pareció divisar, entrando en un "Café, aquel Bernardillo que fuera con Soberano a Portici. "¡Otro fantasma a perseguirme!" - Dije yo. Fálleme a mi la góndola y corrí toda Venecia de

canal en canal. Daban las once cuando me recogí. Quise partir para Brenta; pero los gondoleros fatigándose rehusaron. Llamé otros que vinieron. Mis criados, sabedores de la intención, entraron adelante cargados con sus equipajes. Biondetta me siguió.
Mal yo pusiera el pie en el tombadiño que algunos brazos me hicieron volver la cara. Una máscara apuñalaba Biondetta, gritando: ¿Queréis valer más que yo? ¡Muere, muere, odiosa rival!"

IX

Tan rápido fue el atentado que uno de los gondoleros, que permaneciese en el muelle, ya no puedo acudir. Iba él sobre el asesino metiendole la antorcha a la cara, pero otro enmascarado sobrevivió minadísimo, con una voz estruendosa que me pareció ser la de Bernardillo. Salté para tierra con la cabeza errada. Los sicarios huyeron, y, a la luz del hachón, vi la lívida Biondetta, bañada en sangre, ya expirar.
¡No hay descripción para lo que yo sentí! Ninguna idea me preocupaba ya que no fuese estar allí una mujer adorada, víctima de prevenciones ridículas, sacrificada ya vas y extraños confianzas, y hasta aquel rato avistada por los ultrajantes crudelísimos que yo hiciera.
Curvo me sobre ella, y al mismo tiempo grito por socorro y venganza. Llega un cirujano atraído por el tumulto de esta aventura. Hago transportar la mujer apuñalada para mi cuarto, y, recomendando que nos la llevase con cuidado, soy yo que ayudo a conducirla.
Cuando la depositan y vi aquel cuerpo gentil ensangrentado y herido por dos grandes golpes, que parecían romper las principales fuentes de la vida, dije e hice mil desatinos.
Biondetta, el que parecía, desmayada, cierto me no oyera; pero el albergero y sus criados, un cirujano y dos médicos entendieron era peligroso para la enferma dejarme al pie de ella. Arrebatarme por fuera del cuarto.
Permanecieron conmigo mis criados; y entonces, diciéndome uno de ellos imprudentemente que los médicos juzgaban mortales las heridas, yo prorrumpí en altos clamores. Extenuado en fin de mis transportes, caí en postración a cual se siguió adormecerme.
Y vi, entonces, a mi madre en ensueños. Le conté mi desventura; y, el propósito de sensibilizarla, quiso llevarla a las ruinas de Portici.
"No vamos ya, mi hijo me dijo ella que está en gran peligro."
Al pasarnos por unos acantilados donde yo me encontraba con pie firme, de súbito soy arrojado por mano extraña al despeñadero. Reconocí que la mano fue de Biondetta. Caí. Otra mano me levantó y me hallé en los brazos de mi madre. Recuerdo, entonces, respirando de pavor. ¡Oh tierna madre, tú no me desamparas, ni siquiera en los sueños! ¿Y tú, Biondetta, quieres perderme? Pero este ensueño es el efecto de las perturbaciones de mi espíritu. Ah! ¡Repulsemos la idea que me harían esquivo a la gratitud y los sentimientos de humanidad!

Llamé un criado y mandé saber de ella. Estaba con dos facultativos. Había en ella sangrado copiosamente, pero regresaba la fiebre.
Al otro día, levantado el aparejo, hallaron que las heridas no eran peligrosas, señalada por la profundidad; pero la fiebre sobrevivió, redobló y fue menester quebranta el sangrando a otra vez.
Y yo tanto pedí que me dejasen entrar en el cuarto que no me hubo de rehusar.
Biondetta deliraba repitiendo a menudo mi nombre. Contempladla. Nunca me pareció tan linda.
¡Aquí está aquí pensaba yo la mujer que yo cuidaba un espectro lucentísimo, un complejo de evaporaciones esplendorosas que me eludían los ojos! Ella vivía de la misma vida que me alienta y, perderla, por qué yo no quise nunca oírla y voluntariamente la expuse. ¡Que monstruo, que tigre fui! Si mueres, ó ente digno de ser adorado, no te sobreviviré, ya que tan vilmente respondí a las tuyas fiestas. ¡Moriré, sacrificándote sobre la campa la infame Olimpia! Si vivieres, seré solo tuyo; Reconoceré tus beneficios; Coronare tus virtudes y resignación; liarnos hemos por indisolubles lazo corredizos, y cumpliré un deber volviéndote feliz con la obligación ciega de mis sentimientos y voluntades".
No describiré los penosos esfuerzos del arte y de la naturaleza para renovar la vida en un cuerpo que parecía deber sucumbir a los recursos empleados en su alivio.
Veintiún días derivaron sin poderse hallar entre el recelo y la esperanza; finalmente, remedio la fiebre, y la enferma dio aires de recuperar el aliento.
Le llamé querida Biondetta y ella me extendió la convulsa mano. Desde ese rato en delante, dio tanto de todo que la rodeaba. Yo estaba a la cabecera del lecho, viéndola con los ojos lagrimosos fijarme amorosamente.
Cuando ella me encaraba no sé decir que expresión graciosa le divinizaba la sonrisa. "Llora, Biondetta! - murmuraba ella Yo soy la cara Biondetta de Álvaro!".
Deseaba hablarme, pero fui compelido a salir del cuarto.
Resolví allí permanecer en sitio oscuro donde ella no me viese. Por propósito, consintieron que yo me aproximase al lecho.
- Biondetta le dije ya tus asesinos son perseguidos.
- Ah! Les perdono respondió ella les debo ésta felicidad. Si yo morir, solo por ti. Si vivir, viviré para amarte.
Me fuerzan razones a abreviar los tiernísimos lances que entretuvimos hasta el día en que los médicos permitieron que yo traspasase Biondetta para las orillas del Brenta, cuyo clima sería bueno a vigorizarle la convalecencia.
Fuimos allí residir.
Le di dos criadas para su servicio luego que por su sexo le fue reconocido por la necesidad de aplicarle los fomentos. Acerque la de

todo que podía contribuir le a su comodidad, y todo el pulso revise en consuelo, contentadle y distraedla.

X

Se restauraron las fuerzas los ojos visados; y, cuánto a la belleza, fue un rebrillar de gracias a más no poder. Y ya cuando lo conversamos ampliamente no podría molesta la, le dije.

- Biondetta, te amo en extremo, ya creo que no eres un ser fantástico, me convencí de que soy amado, pésame el proceder vil de mis inquietudes. Dice me el misterio de la extraña aparición que me aterrorizó en la bóveda de Portici. ¿Dónde vino y para donde fue aquel horrible monstruo y aquel perro que precedieron tu venida? ¿Quién eran ellos? ¿Quién eres tú? Tranquiliza un corazón que se te da, y toda la vida quiere ser tuyo.

- Álvaro respondió ella los nigromantes, espantados de tu audacia, quisieron infundirte por medio del terror, y llegar por este proceso a reducirte esclavo bajo de sus voluntades. Predispusierante de antemano por el miedo, provocándote a la evocación del más poderoso y formidable espíritu; y, auxiliados por otros cuya categoría dominan, te presentaron un espectáculo que te mataría de pavor, si el vigor de tu alma no volcase contra ellos su propia celada. En vista de tu heroica intrepidez, los silfos, las salamandras, los gnomos y ondinas, encantados por tu valor, resolvieron darte la suprema ventaja sobre tus adversarios. Yo soy sílfide de razón, y una de las más distintas. Aparecí bajo la forma de almeja, recibí tus órdenes y todas, a la competencia, desvelámonos en servirte. Cuánto más altivez asumías, y resolución y inteligencia en regular nuestros actos, más en agobio recrecía nuestra admiración y celo en servirte. Me mandaste que te fuese paje, y te recriase cómo cantante. Me sometí con júbilo y tantas delicias me dio la sumisión que resolví consagrarla para siempre. Fallé el que me cumpliría ser para gozar la felicidad. ¿Abandonada en el vago aéreo a incertidumbres necesarias, sin sensaciones, sin regocijos, esclava de los conjuros de los cabalistas, desprecio de fantasiosos, forzosamente delimitada en mis prerrogativas y conocimientos, vacilaría en la escoger de los medios que pueden ennoblecer mi esencia? ¿Me es lícito tener cuerpo y unirme a un hombre? Eras tú. Si me convierto en mujer, perdiendo en esa voluntaria transformación el natural derecho de las sílfides y la asistencia de mis compañeras, Disfrute la ventura de amar y de ser amada. Serviré a mi vencedor; le enseñaré la sublimidad de mi ser, cuyos privilegios él ignora. Avasallará, con los elementos de mi imperio abandonado, los espíritus de todas las esferas. Álvaro es hecho para ser el rey del mundo; y yo seré la reina, y la reina que él adora. Estas reflexiones más rápidas del que tú puedes imaginar en una sustancia desempacada de órganos, me fallaron súbitamente. Conservando mi semblante, adopté un cuerpo femenino, que ya ahora dejaré con la vida. Al vestir mi esencia de este cuerpo, Álvaro tentó que

tenía corazón. Te admiré, te amé... ¡Pero que pasó en mi, cuanta repugnancia y odio me translucían de tus palabras y gestos! ¡Yo ya no podía transfigurarme, ni siquiera arrepentirme! Sumisa a cuantos reveses pesan sobre criaturas de tu especie, víctima de odios de los espíritus e implacable rencor de los nigromantes, yo, sin tu protección, volverme iba la más desgraciada criatura que sobre el sol. ¿Que te diré más? Desgraciadísima sería yo ya sin tu amor.
Al prestigio de esta interesante narrativa adjuntad las mil gracias que le pulían el rostro, la acción y lo argentino de la voz. ¿Ya poco o nada persevera del que yo hubiera; pero cual fue el lado inteligible de mi aventura?
¿Todo esto me pareció un ensueño decía yo entre mi pero la vida humana que otra cosa es que ensueño? Estoy soñando más desatinadamente que cualquiera otra; y aquí está ahí todo.
Yo, por lo tanto, la vi a punto a las puertas de la sepultura, recorriendo todos los tiempos de la consumación y del dolor, bajo la influencia de los recursos de la medicina.
El hombre es una mezcla de barro y agua. ¿Por qué no ha de la mujer ser hecha de rocío, de evaporaciones terrenas y rayos luminosos, de partículas condensadas del arco iris? ¿Donde está lo posible? ¿Donde está lo imposible?
En resultado de mis reflexiones, me dejé ir al sabor de la inclinación, cuidando que el raciocinio me llevaba. Desvéleme en fiestas inocentes y esmerados desvelos con Biondetta. Y ella se dejaba halagar con encantadora docilidad, y con un natural pudor que no es resultado de la reflexión ni del recelo.

XI

En estas embriagantes blanduras discurre un mes.
Enteramente restablecida, Biondetta me seguía a todos los paseos. Mandé la vestir de Amazona. Así trajeada, con un grande sombrero ondeante de plumas, atraía todas las atentaciones; y, siempre que aparecíamos, mi felicidad fue tema para los envidiosos que pueblan, durante el estío, las hermosas orlas del Brenta. Propiamente las mujeres parecían haber renunciado a los celos de que las malsanas, quienes sojuzgadas por la superioridad que confesaban, quienes desmontadas por una negligencia que denotaba menosprecio de toda superioridad.
De todos conocidos cómo novio querido de tan deslumbrante mujer, mi orgullo igualaba al amor, y tanto más me desvanecía cuánto fue sublimada la razón de Biondetta.
Cierto estaba yo de que ella poseía raros conocimientos, y con razón presumía que nos había que transmitir; todavía el hablar de Biondetta versaba sobre temas comunes, cómo quién, embebida de su amor, todo más quisiera.
Cómo paseásemos, una noche, sobre la terraza de mi jardín, le dije yo:

- Biondetta, cuanto tan lisonjero afecto me hizo digno de ti, y tu vida se ligo a mí, prometiste darme a saber cosas no sabidas del hombre común. ¿Te parece ahora indigno de ese ennoblecimiento? ¿Tan vivo y tan delicado amor cómo tu rehúsas engrandecer me?
- Oh Álvaro respondió ella yo soy mujer hace seis meses, y se me figura que mi pasión aún no cuenta un día. Me perdonas si tan suave sensación embriaga un alma que ninguna otra conmoción experimentó. Lo que yo quería fue enseñarte a amar cómo yo te amo; entonces, sí, con ese solo sentimiento, ensalzarte ya sobre todos los hombres; Pero otras son las absorbiciones del orgullo humano. La natural inquietud no le concede poseer una felicidad, si otra mayor no le abruma en perspectiva. Sí, Álvaro, he de instruirte. De buen grado propongo mi interés, por lo tanto que mi grandeza depende de ti; pero no basta la promesa de vivir conmigo; es preciso que te des a mí para siempre y sin reserva.
Estábamos sentados en un cómodo de césped, bajo una funda de madreselvas en un recodo del jardín. Me lancé de rodillas, y le dije:
- Querida Biondetta, te juro la más amplia fidelidad.
- No, que me no conoces, no me conoces... Quiero una absoluta renunciación; solo eso me tranquiliza y satisface.
Baje le la mano con absorbo, y repetí el juramento, al cual ella falta con sus recelos. En el ardor del diálogo, nuestras cabezas penderán mutuamente y los labios se encontraron... Aquí está que yo siento que me pujan por la orla del americano y me sacuden con extraños empujones.
Fue mi perro, un cachorro dinamarqués con que me habían presentado. Todos los días me entretenía a enseñarlo tirando le el pañuelo. Cómo él me huyera de casa, en la víspera, mandadle arrestar para que no se escapase; pero, quebrando la cremallera, y guiado por el farol, diera conmigo, y pujara me por el traje para me mostrar su contentamiento y desafiarme a brincar. Expulsé le con palabras y gestos; pero no hubo alejarse. Corría y volteaba, latiendo a la vuelta de mi; por último, vencido de la impertinencia tomé le por la armadura, y recondúcele a la casa.
Cuando voltee para Biondetta, un criado que me seguía de cerca, me dijo que estaba la cena en la mesa, y, por tanto, sentándonos, Biondetta puede ser que se sintiese entonces confusa, si felizmente un mozo noble no viese pasar el conocido sarao.
Al otro día fui al cuarto de Biondetta dispuesto a participarle unas juiciosas reflexiones que me tenían preocupado durante la noche. Estaba aún en la cama: sentadme a su orilla.
- Ayer le dije yo estuvimos a punto de practicar una locura que me sería remanso para toda la vida. Mi madre quiere que yo me case. Yo solo puedes ser tú, y sin ti no puedo contraer enlace serio. Ahora yo, ya que me has de considerarte mi esposa, querida Biondetta, quiero respetarte.

¿Y no debo yo también respetarte, Álvaro? ¿Y tal sentimiento no sería la muerte del amor? ¿Su veneno?
- Estás iludida le dije yo no sería veneno, sería antes un delicioso condimento.
¡Bello condimento! ... ¡Parece que en misma estoy empedrada! Ah! ¡Álvaro! Yo felizmente no tengo ideas de conveniencias ni inconveniencias, ni padre, ni madre, y quiero amar con toda el alma sin condicionamientos de esa naturaleza. Tú debes respetar a tu madre; es natural; basta, sin embargo, que su voluntad conferirse la unión de nuestros corazones; Es necesaria la procedencia de ella. Entre vosotros los preconceptos examinados mengua las luces, y quien raciocinen, quien desvaríe, los hombres proceden tan disparatados cuán extraños. Sumisos los verdaderos deberes, aceptan otros cuyo cumplimento no es imposible o inútil: Finalmente se esfuerzan por salir de la vereda por donde unirnos depende de ajenas voluntades. ¿Quién se sabe Dña. Mência me hallará de generación asaz ilustre para entrar en la casa solariega de Maravillas? ¿Y seré por eso regentada? ¿Oh, en vez de haberte de ti mismo, me será preciso obtenerte de ella? Es un hombre predestinado al alto saber que me habla, o un chico que ven allá de las sierras de las Estremaduras? ¿Y debo tener menos delicadeza cuando viejo que se acata más a los otros que a mí? Álvaro, Álvaro, alardean por ahí el amor de los españoles; el que ellos tienen mucho más valor que el amor es el orgullo.
Yo había presenciado escenas mucho exquisitas; pero no estaba preparado para ésta. Quise yo disculpar el acatamiento de mi madre: me prescribía el deber y la gratitud, y el afecto, más valiente que el deber. No la impresioné.
- Yo no me hice mujer para tan poco, Álvaro replico ella. Tú recibes de mi misma; quiero que de ti mismo seas mía. Dña. Mência, si es loca, después desaprobará. No quiero que me hables más de tal. Desde que me respetas, y respetadas a toda la gente, me siento más infeliz que en el tiempo en que fui odiada.
Y rompió en llanto deshecho. Felizmente soy altivo, y a esto debo no caer pusilánimemente a los pies de Biondetta para modificar aquel irracional despecho, y estancar lágrimas que me exasperaban.
Pasé a mi gabinete. Si ahí me ayudasen, tenerme ya hecho buen servicio. Al final, deseando por el éxito de la lucha en que me debatía consigo mismo. Corrí a embarcarme en la góndola. Encontré una de las criadas de Biondetta, y le dije:
- Voy a Venecia. Soy allá presente por causa del proceso instaurado contra Olimpia.
Y abalee en las presas de devoradores sobresaltos, descontento de ella y aún más de mi, viendo que no tenería evasiva que no fuese cobarde o desesperada.

XII

Llegue a la ciudad; próximo a la primera calle. Recórrelas todas, sin dar tino de que iba estallar sobre mi una gran tormenta, ni inquietarme en búsqueda de abrigo.

Fue por mes de julio. La súbitas, vaya me una descarga y lluvia torrencial. Vi una puerta abierta: era una Iglesia del convento de franciscanos. Refugie me allá.

Reflejé que solo este incidente me impulsase a entrar en un templo, desde que estaba en los estados venecianos; después, me disculpé de este absoluto olvido de mis deberes. Por primera, queriendo despojar me dé tales ideas, entré a examinar los paneles y los mausoleos de la Iglesia; fue una especie de curiosa viaje que yo hacía a lo largo del coro y de las naves.

Llegue a una capilla soturna, iluminada por un lampadario. La luz del Sol no podía colarse allá. El que querer que fuese alvejante desde el hondo de la Capilla me deslumbró: fue un yacimiento.

Dos genios posaban sobre un sarcófago de mármol negro una figura de mujer. Otros dos lloraban a la orilla del túmulo.

Las figuras eran de mármol blanco con un albor natural, relevado por el contraste, refringido vivamente la poca luz de la lámpara, por manera que parecían tener su luz, e iluminar de por sí la lóbrega cripta.

Acerque me, y examiné las estatuas; me parecieron admirablemente esculpidas, llenas de expresión y primorosísimas. Fije los ojos en la frente de la principal. Pensé ver el retrato de mi madre. Verme bajo el peso de vivo dolor y santo respeto.

¡Oh madre! ¿Este frío simulacro con vuestra imagen adorada viene avisarme que el desorden de mi vida te llevará a la sepultura? ¡Oh dignísima entre las mujeres! Por más perdido que yo esté, tu Álvaro tiene en su alma intactos tus derechos. Antes de apartarse de la obediencia que te debe, morirá. ¡Hay! ¡Es enorme la pasión que me lancera: ya no puedo refrenarla, no! Por lo tanto que hablaste a mis ojos, ó madre, habladme al corazón; y, si yo debo aplastarlo, díseme cómo puedo hacerlo sin perder la vida.

Proferida con vehemencia ésta invocación viva, postre la cara en la losa, y esperé así abatido la respuesta que yo confiadamente esperaba, ¡tanto fue mi entusiasmo! Reflexiono ahora el que entonces no podía hacer que todas las veces que invocamos socorros sobre humanos para reglamento de nuestra vida, si los exoramos con fuerza, aunque no seamos atendidos, el recogimiento en que nos concentrarnos para recibirlos, darnos el modo de ejercitar los recursos de nuestra propia prudencia. Yo merecía ser abandonado a mi, que me sugirió este consejo: "Entre ti y tu pasión se interpone un deber que cumplir y una gran distancia; Después los sucesos te darán luz."

¡Vamos! - Dije levantadme de salto vamos abrir mi alma a mi madre, y refugiémonos más una vez en este sagrado asilo.

Volví al hotel, llego un sirviente, y sin portarme con equipajes, viaje para Turín, para ir de ahí a la España por Francia; antes dije, sin embargo, metí en una cartera una nota del banco de trescientos chelines y la carta siguiente:
"Mi cara Biondetta:
"Arrancarme de ti sería arrancarme a la vida, si me no consolase la esperanza de volver en breve. Voy ver mi madre. Animado por tu brillante idea, la venceré, y vendrá a formar por su propia voluntad la unión de que depende mi ventura. Sacrificarme a tus pies el resto de mi vida, satisfecho por tener cumplido mis deberes antes de darme todo al amor. Entonces conocerás el que es un español, Biondetta; según mi parte, si fallaré yo, obedeciendo a los deberes de la honra y de la sangre no sé por igual observar los otros. Cuando vieres el próspero resultado de los designios míos, no acollarás de orgullo el sentimiento que a ellos me prende. No puedo dudar de tu amor, que me devotará completa sumisión: mayores realces le descubro aún en esta tu fría condescendencia en proyectos que todos tienden a nuestra felicidad. Envío te el que puede ser preciso el costo de las despensas de nuestra casa. De España te mandaré el que menos indigno me parecer de ti, entonces cuánto la más viva ternura te no conduce para todo el siempre tu esclavo."
Heme camino de la Extremadura. Fue el más hermoso marco del año. Todo favorecía mi impaciencia de llegar a la patria. Ya se entreveían las torres de marfil cuando una calesa de puesta ordinaria, pasando por la mía, paró, y dejó que yo viese a través de la portezuela una mujer gesticulando y esforzándose por salir.
Mi cochero paró sin aviso. Y apea me y recibí Biondetta en mis brazos. ¡Álvaro, me abandonaste!" No me dijo más nada.
Llevé a mi asiento, único local donde yo podía sentarla cómodamente. Felizmente que el tren fue de dos lugares. Hice lo que pude por facilitarle el respirar jadeante, desapretándole los vestidos abrasadores; y después sosteniéndola en los brazos, reanudé la jornada en la situación que pueden imaginar.

XIII

Paramos en el primer mesón de sufrible apariencia. Hice transportar a Biondetta al mejor cuarto. Acuéstela y sentadme a su lado. Obtuve espíritus, elixires propios a restituirle el aliento. Por propósito descerró las pálpebras.
- Más una vez quisieran que yo muriese... Serán satisfechos... - murmuró ella.
¡Que injusticia! - replique un capricho te revuelta contra actos deseados y precisos por lo que me respeta. Exponerme a transgredir deberes, si no te resisto y expóngame a los disgustos y remolinos que perturbarán el sosiego de nuestro enlace. Deliberé al final huir para ir buscar licencia de mi madre...

¡Y por que no me dijiste francamente toda la verdad, cruel! ¿No soy yo tu esclava? Iría contigo. Pero dejarme tan solitaria, sin protección, en las zarpas de los enemigos que por tu causa, granjee, dejarme al alcance de las más humillantes afrentas de amor por ti...
- Me explica, Biondetta, quién se atreviese...
¿Y que costaba el victimar un ser tan frágil sin auxilio de nadie? El infame Bernardillo seguidnos hasta Venecia; y apenas tú saliste, cesó de recaerte, sin fuerzas contra mi después que soy tuya, pero pudiendo azorar el ánimo de las personas que me sirven, hizo rodear de fantasmas, criaturas de él, tu casa de Brenta. Mis criadas, espavoridas, me huyeron. Según una fábula general, autorizado por muchas cartas, un trasgo arrebato un capitán de las guardas del rey de Nápoles, y llevadle para Venecia. Afirman que ese trasgo soy yo, y todos los indicios lo confirman. Todos se arriendan de mí con horror. Imploro compañía y compasión. ¡Nadie! El oro en fin alcanza el que se deniega a la humanidad. Véndense carísima un asiento: encuentro cochero, y seguirte...
Mi firmeza estremeció con ésta desgraciada narrativa.
- Yo no podía entrever sucesos de tal naturaleza le dije yo. Yo te tenía vista respetada de todos los habitantes de la orillas de Brenta. ¿Cuidaría yo que en mi ausencia te disputasen el que tan bien adquiridote parecía? Oh Biondetta, tú tenéis un claro entendimiento... y no previsto que, repugnando a tan razonable como propósito fue mío, me impelías a ¡desesperados expedientes! Por qué...
¿- Quién es que puede contener se?... Soy mujer por mi propia voluntad, Álvaro; pero, en fin, soy mujer, expuesta a sentir todas las impresiones... No soy de mármol. Escogí entre las zonas de la materia elemental de que mi cuerpo se formó, materia sensibilísima; que, si no lo fuese, no sería yo sensible, nada me conmovería de ti, fría e insípida cosa yo sería a tus ojos. Me perdonas tenerme yo sometida a reunir todas las imperfecciones de mi sexo, cuando procuraba reunir todas las gracias, pudiendo; pero la locura está hecha; y ahora ya, así organizada, mis sensaciones tienen vivacidad incomparable, mi imaginación es un Vesubio. En suma, tenía pasiones de violencia tal que debieron aterrorizarte, si tú no fueses el objeto de la más tempestuosa de cuántas hay ahí, y si nosotros no supiésemos mejor los principios y efectos de esas expansiones naturales de los que los doctores de Salamanca. Allá les dan nombres odiosos; por el menos preseleccionan teorías que las matan. Matar una flama del cielo, resorte único por donde el cuerpo y alma pueden recíprocamente actuarse y concurrir para la necesaria conservación de su consorcio, no hay nada más parvo, ¡mi Álvaro! Es menester que cada una paute sus movimientos; pero, hay casos en que es a fuerza ceder. Contrariar pasiones, agarrar las es darles tregua y brida, que no hay razón que después las refrene. Excusadme, Álvaro. Tengo seis meses de edad mujeril; todo que me conmueve me entusiasma. Imagina que una tú rehúsas, una palabra

irreflexiva, irritan el amor, expone el orgullo, abrasan el despecho, el celo, el miedo, ¿que sé yo? Aquí está me con mi pobre cabeza dolida, y mi Álvaro ¡tan desgraciado cómo yo!...
- Biondetta reargüí hay siempre en ti cosas nuevas que asombran, pero yo creo ver la naturaleza en la confesión que me haces de tu índole. Nosotros hallaremos en nuestra recíproca ternura recursos contra ella. ¡Y demás, que no buenos consejos nos dará mi madre que nos va acoger en sus brazos! Ella ha de quererte mucho, tengo la certeza y todo contribuirá para que los días se nos agobien felicísimos.
- Fuerza es querer lo que tú quieres, Álvaro. Yo conozco mejor mi sexo y confió menos que de ti; pero por complacerte, obedezco y me entrego.
Contento de verme ya a camino de Castilla, en compañía de la mujer que me esclavizase razón y sentidos, deme prisa de entrar a los Alpes para llegar a la Francia, pero parecía contrariarme el cielo desde que yo iba acompañado. Horrendas tempestades me tope en la jornada, atravesando las carreteras. Los caballo de a pies cansan. Mi asiento que parecía nuevo y sólido, quiebra se a cada paso, querer en las rodas, querer en el eje o nos varáis. Por propósito, a los postreros infinitos trabajos, llegue al desfiladero de Tende.
Entre los motivos de alborozo y estorbos de viaje tan contrariado, admiré el personaje de Biondetta. Ya no fue la mujer tierna, melancólica o exaltada que yo tenía vista. Puesto el intenso en consolarme de los fastidios míos, bromeaba los más salados remosquees, queriendo insinuar me que las fatigas no le eran nada molestas.
Todo este chancear vivo fue intercalado de fiestas tan delicadas que yo me no podía esquivar, que bien dejándome acariciar, reservaba mi orgullo, enfrentando la violencia de los deseos. Bien me leía ella en los ojos todo el que iba allá dentro; y lo más es lo que procuraba exacerbar los ímpetus de la pasión. Convengo que estuve a punto de perder. En una de esas veces, si no se quebrase una rueda, no sé donde irían parar los puntos de honra. Esto me servio de escarmiento para adelante.

XIV

Llegamos a Lyón después de increíbles empeños. Condescendí en ahí demorarme algunos días. Biondetta me hacía notar la facilidad y desenvoltura del vivir de la nación francesa.
- Es en Paris, y en la Muesca que yo te quería a residir me decía ella. Ahí te sobrarían recursos de toda especie, figurarías el bello placer, y yo sé cómo tú allá ejercías una gran posición. Los franceses son galantes. Si yo no hilo demasiadamente de mi belleza, estoy que toda la mocedad distinta me prestaría homenaje, y yo a todos sacrificaría a mi Álvaro. ¡Que bella y triunfante absorbición para la soberbia de un español!
Tomé a la cuenta de gala semejante propuesta.
- No volvía ella esto en mi es una fantasía seria...

- Por lo tanto vamos cuánto antes para la Extremadura retorne yo y vendré después presentar a la muesca francesa a la esposa de D. Álvaro Maravillas, por que a ti de cierto no te cuadra ser presentada cómo aventurera.
- Estoy en el camino de Extremadura volver a ella es preciso que yo aloje de esa tierra cómo lugar donde la felicidad me espera. ¿Podré yo esquivarme a encontrarla?..
Bien le percibí, le sondeaba la repugnancia, pero iba bolo de mi albo; y en breves tiempos me hallé en tierra de España. Los imprevistos obstáculos, los barrancos, las rodillas descalzadas, los arrieros ebrios, las mulas mañosas, me daban aún menos treguas que los contratiempos de Piamonte y Saboya.
Barra se mucho contra el mesón de España, y con razón. Todavía, yo me di por dichoso cuando los reveses sufridos de día no me obligaban a pasar las noches en las carreteras, o en alguna granja cercana.
¿La conjeturar de esto se ve, a que país vamos? ¿Estamos aún muy lejos? - me preguntaba ella.
- Estás en Extremadura, diez leguas cuando mucho alejada del castillo de Maravillas.
- De cierto allá no llegaremos: el cielo vednos aproximarnos ojee para el cielo y nunca lo había avistado tan amenazador. Observé a Biondetta que el caserón, donde estábamos, abrigarnos iba de la borrasca.
¿Y del trueno también?
¡Y que te importa el trueno a ti, habituada a pairar nos páramos del alto aire, y que tantas veces el viniste a formarse, y tan del fundamento debes conocer la naturaleza física!
- Yo no le temería tanto, si lo conociese menos. Por amor a ti me sometí a las causas físicas; y si las temo es por qué ellas son físicas y matan.
Estábamos sobre los dos montes de paja en las dos extremidades de la granja. Mientras, la tromba, anunciándose a lo lejos, avisándose rimbombando pavorosamente. El cielo figuraba un incendio a despejar batido por vientos contrarios; los tronidos de los truenos, repercutidos en las cavernas de las serranías, estallaban horrendamente alrededor de nosotros. No se sucedían, recruzaban se. Ventarrón, granizo, lluvia porfiaban en el terror del médano marco que nos aquejaba. Relampagueo una centella que parecía abrasar nuestro abrigo; después un estampido pavoroso. Biondetta, con los ojos cerrados y los dedos en los oídos, precipito se en mis brazos exclamando:
¡Ahí! ¡Álvaro, que yo estoy perdida!
Tenté sosegarla.
- Pon la mano sobre mi corazón... - balbuceó ella.
Y me llevó al pescuezo la mano; y, puesto que se engañase dándome a sentir las palpitaciones en sitio donde el palpitar debía ser poco sensible, note que los quejidos eran extraordinarios. Me abrazó estremecidamente, y convulsionaba se a cada relámpago. Por último,

rebrama un trueno más estrepitoso que todos. Biondetta se ciñó en mí por manera que la chispa no podría fulminarla sin herirme primero.
Me pareció singular gran miedo y comencé a rezar también, no diré los efectos de la tempestad, pero un plano guisado en la cabeza de ella para vencer mi resistencia a sus intensos. ¡Puesto que más arrebatado de lo que puedo exprimir, erguí me y le dije!..
- No sabes lo que haces, Biondetta! Sosiégate... Los truenos no te amenazan ni a mí.
Le hizo espanto mi ánimo frío; pero ella podía disimular sus ideas continuando el fingirse aterrorizada. Por casualidad, la tempestad diera el primero arranco. El cielo borrascoso si, y luego la luz instantánea de la luna nos anunció que no teníamos que temer de la inclemencia de los astros.
Biondetta permanecía en el local donde se asentará. Senté me su lado sin decir palabra. Mientras ella parecía dormitar, descánseme en tristezas cómo las nunca experimentase desde el comienzo de mi aventura, a pensar en las consecuencias terribles de la pasión. Daré mucho por la rama aquellas meditaciones. Mi novia era hermosa; pero yo quería hacerla mi mujer. Me sobresaltó el día en estos pensares. Erguí me para ver si podía seguir jornada. Fue imposible hacerlo desde luego. El arriero que conducía la calesa dijo que las mulas estaban escalabradas. En este embarazo me encontró Biondetta.
Se iba agotando la paciencia, cuando un hombre de cara siniestro, mucho vigorosamente contornado, apareció delante de la puerta de la granja, trayendo dos mulas de buena apariencia. Propuso me llevarme a mi casa, cuyo camino él sabía, y luego nosotros convenimos en el ajuste.
Yo iba embarcarme en la calesa cuando me pareció conocer una mujer de mi aldea que caminaba seguida de un criado. Avizoro heme, fijando. Fue Berta, lavandera honrada de mi tierra y hermana de mi señora. Llámela; paró, y encaro me consternadamente.
¿Es Vuestra Excelencia, Sr. D. Álvaro? ¿Que va hacer a un lugar donde su pérdida es cierta por causa de las desgracias que allá causó?
¡Yo, Berta! ¿Que hice yo?
- Ah! ¡Sr. D. Álvaro! La conciencia no lo acusa de la situación en que se haya su digna madre, nuestra querida señora reducida a...
¿Ella está a morir? ¿Está a morir? - Grítele yo.
- Está... confirmó Berta y muere de tristeza que el Sr. D. Álvaro le dio. A ésta hora, ni ella ya vivirá... Recibió cartas de Nápoles y de Venecia, donde le mandaron decir cosas que erizan los cabellos. El señor su hermano está furioso, y dice que lo ha de denunciar y entregar a la justicia.
- Vaya señora Berta; y, si llega antes de mí a Maravillas, diga mi hermano que yo voy allá estar.

XV

Y sin más demora, invitó Biondetta a entrar en la calesa, y simulé cuánto pude por la serenidad de alma, ostentando firmeza; pero ella estaba recelosa.

¿Por lo tanto cómo es esto? ¿Exclamó Biondetta Va entregarnos tu hermano? ¿Va agraviarnos con nuestra presencia una familia irritada y un pueblo alborotado?

- No temo a mi hermano. Si él me saca errores que no practique es preciso que yo lo desengañe. Y si los practique debo disculparme y moverlo a la indulgencia y compasión, por qué no soy malo voluntariamente. Llévese a mi madre a la sepultura con el desorden de mi vida debo reparar el escándalo y llorar tan públicamente ésta desgracia, que mi dolor presenciada por todos me absuelva de una culpa que sería deshonrosa a mi condición.

- Ah! ¡Álvaro! ¡Tú vais perderme y perderte! Esas cartas enviadas de todas partes, esos preconceptos tan velozmente divulgados, son el resultado de nuestras aventuras y persecuciones que sufrí en Venecia. El pérfido Bernardillo, que tú no lo conoces bien, vera a tu hermano, y ha de incitarlo a...

¿Que tengo yo que recelar de Bernardillo y de cuantos cobardes ahí hay en el mundo? El peor enemigo que tengo soy yo mismo. Nadie podrá inducir a mi hermano a la venganza ciega, a iniquidades y a hechos indignos de un hombre de juicio y honra, de un rico hombre finalmente.

El silencio cerró este diálogo caluroso, donde se podrían generar disgustos recíprocos. Biondetta, sin embargo, instantes después adormeció.

¿Cómo dejaría yo de revisarme en ella? ¿Cómo contemplarla conmovido? Sobre aquel rostro radioso de todas las hermosuras y florescencia de brillante mocedad, el dormir realzaba las gracias naturales del reposo con aquella deliciosa frescura y animación que embellece la armonía de las flores. Nuevos filtros me avasallaron, a destruirme las sospechas. Cesa mi sobresalto; y, si alguno me resta, es por qué la cara querida, sacudida por los sotabancos de la calesa, no sufra algún incomodo. Todo mi empeño en ampararla y defenderla de los balanceos; pero hubo uno tan recio que no pude ampararla a tiempo que la calesa se tumbó y Biondetta exclamo un grito. Quebrara el eje, y las mulas aún bien que pararon. Trato de socorrerla en la más ansiosa consternación. Estaba ligeramente contusa en un brazo. Echémonos en una explanada con el sol a pique, a pleno medio día, cinco leguas aquí de mi casa, sin prontos medios de seguir la jornada, por qué no se avistaba lugarejo ninguno.

Todavía, tanto procuré a lo lejos que pude entrever humo por sobre una selva, copada de árboles altos. Entregue la calesa a la vigilancia del arriero y convencí Biondetta a seguirme en aquel sitio donde me preludia algún socorro.

Cuánto más andábamos, más la esperanza nos animaba. Ya la floresta parecía destacarse en dos, y de lo poco distintamente vimos una avenida con una de las cabañas allá en el hondo; por propósito descortinamos espaciosa granja.
Había gran rebullicio en aquel caserón, a primera vista, solitario. Luego que nos invitaran de allá, un hombre vino tenerme conocido, avisando se cortésmente. Tiene un buen aspecto. Viste giba de seda oscura, avivado de carmesí con alamares de plata. Andaría entre veinticinco y treinta años. La tez es de aldeano, requemada pero vistosa, con aires de robustez sacia. Cuento le el desastre que allí nos trajera.
- Señor jinete respondió él bienvenido sea a la casa de gente bien intencionada. Tengo aquí forja y el eje será reparado; hoy, sin embargo, aún que el hidalgo dadme ese todo el dinero del duque de Medina Sidonia, mi amo, ni yo, ni mi oficial podrían sé a trabajar. Yo y mi mujer venimos ahora de la Iglesia. Este es el día más vivo de mi vida. Entren. Vengan a la boda, mis parientes y amigos y vecinos que están de fiesta, y después dirá si es posible por hoy mano en la forja. Además si la dama y el hidalgo si no atribulan de estar en compañía de gente que vive de su sudor desde el principio de la monarquía, vamos todos para la mesa, por qué hoy todo aquí es renovación y folia; no tiene los señores más que holgar conozcan. Mañana se cuidará nuestra vida.
Y, al mismo tiempo, ordenó que fuesen buscar la calesa.
Aquí estoy, por lo tanto, huésped de Marcos, casero del señor duque. Entramos en el salón campestre arreglado para el banquete de las bodas; componedse de arrearías afestonadas de flores, tomando el terreno de la era, el encanto con dos bosquecillos, por entre los cuales la vista se explaya agradablemente en la explanada.
Estaba la mesa puesta. Luisa, la novia, está entre Marcos y yo. Biondetta está a la orilla de Marcos. Padres, madres y otros parientes están enfrente unos de los otros. Los rapaces sentasen a los lados.
La desposada avistaba sus grandes ojos negros mal afeitados por ojales de escondidos: que todo se le decía, hasta las cosas sin alusión ni chiste, hacía en ella sonreír y corear.
Al principio, enorme gravedad: es el tipo nacional; pero a la medida que los pinchéis se van espaciando, las caras van despidiendo el tono serio.
Comienza la bulla y el alarido, cuando de repente los proveníais improvisadores de la tierra aparecen a la vuelta de la mesa. Son unos ciegos que cantan las siguientes coplas, arpegiadas en la guitarra:
Dijo Marcos a Luisita:
¿Quieres tú mi corazón?
Y ella dijo: "Ven a la iglesia;
Hablaremos allá entonces."
Y allá, por boca y por ojos
Ambos se juraron amarse
Con amor de llama pura.
Y, si vosotros sois mirones

De ver esposo dichoso, Vine de tener la Extremadura.
Tiene Luisa tino, y es bella;
¡Y Marcos que envidias hace!
Pero todos ellos desmontan
Por qué es marido capaz.
Y toda la gente de la tierra
Aplaude el elegir de ellos
Por una vida tan pura;
Y, si vosotros sois mirones
De ver esposos dichosos, Vine de tener la Extremadura.
Que almas tan bien ligadas
¡Por simpatía leal!
Sus rebaños duermen juntos
Dentro del mismo corral.
¡Penas, placeres, cuidados, Votos, deseos, los mismos, Una solo voluntad pura!
Y, si vosotros sois mirones, De ver esposos dichosos, Vine de tener la Extremadura.
Mientras oíamos estas canciones sencillas cómo sus autores, los criados de la granja, innecesarios al servicio, se juntaban vivamente para comer los sobrantes del festín. Se mezclan con gitanos y gitanas, invitados a aumentar el placer de la fiesta, formaron sé a la sombra del alborotado grupos de variada danza, que nos hermoseaban la perspectiva.
Biondetta solicitaba incesantemente mi atención para aquellas cosas que tan dulcemente le divertía, pareciendo argüir me dé no compartir con ella de la alegría que le daban.

XVI

Pero ya va demorado el banquete para la rapaziada que quiere danzar. A la gente ya madura en años cumple convivir con la juventud. Se desmonta la mesa, que es de tablas y bancos: todo se acomoda a un lado, formándose de las planchas el coreo de la música y anfiteatro. Danza y fandango, las gitanas las castañetas y panderos, la novia danza también, danza todo mundo.
Biondetta devoraba el espectáculo con ojos vivos. Sin salir de su lugar se agita imitando todos los gestos que allá hacen.
¡Me parece dijo ella que yo amaría lo bailado furiosamente!
De repente, ponedse a bailar y llévame de pareja. Al comenzar, pareció acabada y poco diestra; pero de la nada, se desenvolvió por hechura que toda ella fue gracia, ligereza, vértigo y delirio. Y no había de parar, señalo cuando por instantes limpiaba la camariñas de sudor con su pañuelo, conmigo, con cuantos encontraba a efecto.
Yo nunca me apasione por danzar; y en aquel día, mal me estaba yo acá en el íntimo para complacerme en divertimiento tan fútil. Escabullí me y entré por uno de los bosques, a cata de escondrijo donde pudiese sentarme y a pensar.

Un gran jaleo de palabréalo me distrajo mi pensar. Dos voces altercaban cercanas a mí: "Sí, sí decía una es un hijo del planeta, que entrará en su casa. Hola, Zoradilla, que él nació el tres de mayo, a las tres horas de la mañana.
- Oh! ¡El hablar la verdad, Selagisa decía la otra voz desgraciados hijos de Saturno! Aquel descendiente de Júpiter, Marte y Mercurio en conjunción trina con Venus. ¡El hermoso chico que ventajas naturales no tiene! ¡Que esperanzas no podrá nutrir! ¡Que fortuna le sonríe! Pero..."
Yo sabía la hora en que había nacido, y estaba allí escuchando aquellos pormenores tan precisamente detallados. Voltee el rostro y encare en las habladoras.
Vi a dos Zíngaras viejas de cócoras. La tez es verdeada, los ojos cóncavos y brillantes, boca entrante, narices descompasadamente grandes y mirradas, tocando con las puntas en las quijadas, unos harapos listados de blanco y azul a la vuelta del cráneo medio descabellado, un mantón a pender de los hombros hasta los encuentros, de modo que las dejaba medio uñas; en suma, una cosa tan para enojo cómo para mofa.
Me aproximé a ellas.
¿Hablaban de mi, criaturas? - les dije, viendo que ellas me contemplaban y entre si hacían trajecitos.
¿Estaba a escucharnos, señor jinete?
- De cierto; ¿Y quién les dijo tan a punto la hora en que nací?
- Tenemos otras cosas que decirle, dichoso mancebo; pero es menester comenzar por señalarle la mano.
- Prontamente y deme un duro.
¿Ves, Zoradilla dijo la más vieja ves cómo es hidalgo? ¿Cómo es hábil a gozar todos los tesoros que le son destinados? Vamos... Afina la guitarra y me acompaña.
Y cantó:
Te dio España el nacimiento, Fuiste en Nápoles criado:
Tenéis de tierra el regimiento;
Sí té apeas, del etéreo asiento
Tú serás el hijo amado.
La prometida ventura
Es varia, puedes perderla:
Si tenéis tino, he la segura;
Por lo tanto que ella procúrate, No vacile en prenderla
Quién es este amable ente
¿Que tú poder sojuzga?
Es él...
Las viejas estaban en la apoyadura de la inspiración, y yo fui todo oídos, cuando Biondetta, dejando el terrero, corrió para mí, me sacó por el brazo y me obligó a salir de allí.
¿Por que me dejaste, Álvaro? ¿Que hacías aquí?

- Estaba oyendo...
¿Cómo? ¿Volvió ella repujando me por lo tanto tú das oídos a tales monstruos?
- Realmente Biondetta, estas criaturas son singulares, y saben más de lo que se piensa; me decían ellas que...
- De cierto replico irónicamente estaban ejerciendo su oficio; lean té la buena dicha. ¿Y tú crees en esto? ¡Tanto espíritu y tanta niñería! ¿Y es gente de esa que te distrae de mí?
- Por el contrario, querida hija, ellas ya han hablarme de ti.
¿De mí? ¿Replica ella inquieta y temerosa que saben ellas de mí... que pueden decirte de mí? ¡Tú desatinas! Has de danzar toda la tarde para compensarme de este sinsabor.
Fui, entré de nuevo en el baile pero sin atender en lo que veía ni en lo que hacía. Por propósito, me pareció agitarse me aconsejo de huir: aprovéchelo y a la media vuelta estaba con mis brujas, que descubrí sentadas debajo de una enramada al propósito de la huerta de la granja. Les pedí que me dijesen en prosa, sin enigmas, y lacónicamente todo que supiesen de alguna importancia respeto a mí. La conjura fue de cuesta encima, por qué el oro falta de mi mano en abundancia. Ansiábamos todos, ellas por hablar, y yo por oír las. Luego recapacite que estaban sabedoras de las más secretas particularidades de mi familia, y confusamente de mi ligación con Biondetta, y de mis recelos y esperanzas. Estaba yo cosechando importantes avisos, cuando nuestro Argus me espiaba.
Biondetta, al notar me volaba, no corría. Yo quise hablar.
¡Nada de disculpas! ¡Grito ella la reincidencia es imperdonable!
- Has de perdonarme dijo yo estoy cierto que sí... Y aún que me estorbase ser instruido cuando yo quería, ya que al fin sabiendo bastante.
- Para hacer alguna locura. Estoy furiosa; pero no es ésta la hora de disputas. Si nos no respetamos mutuamente, es preciso respetar quién nos hospedo. Vamos otra vez para la mesa, y yo he de sentarme a tu lado; no he de otra vez tolerar que me huyas.
Siguiendo la nueva disposición del banquete, permanezco de frente de los novios. Están ambos reanimados por los placeres de aquel día. Marcos tiene brasas en los ojos; Luisa ya no los tiene tan pudibundos; pero el pudor para sé venga purpúrea le las fases con la más viva grana. El vino Jerez gira a la vuelta de la mesa, y parece tener hasta ciertas alturas degradadas de allí el recato; hasta los ancianos, electrizados por librarse de los rapaces, provocan a los mozos con unas chamacas menos espirituosas que deshonestas. Me daba en la vista este marco; pero a mi orilla pasaba otro más tocante y variado.
Biondetta, alternadamente apasionada y despechosa, con los labios engalanado gracejos abultados de desdén, o brillantes de sonrisas, cariñaba me, mofaba, o me pellizcaba hasta sangrar, y fin daba por pisarme dulcemente los pies. Para en breve decirlo, en el mismo rato,

fiestas, favores, remosquees, amenazas; por maneras que yo, combatido por esas vicisitudes, sentía la cabeza mareada.

XVII

Se sumieron los novios. La mayor parte de los convidados salió, unos por esto, otros por aquello. También nosotros salimos de la mesa. Una mujer, tía del granjero, pego de una vela de cera, fue adelante de nosotros, y nos llevó a un cubículo que tendría doce pies en un cuadrado, con un lecho que no tenía cuatro de ancho, una banqueta y dos sillas.

- Señores hidalgos dijo ella es el único cuarto que les puedo dar.

Puso el candelero sobre la banca y nos dejó.

Biondetta bajo los ojos. Le dije yo entonces:

¿Dijiste que éramos casados?

- Sí; dijo la verdad. Me diste tu palabra y yo te di la mía. Es lo esencial. Las ceremonias son precauciones tomadas contra la mala fe, y yo a mi no se darme de eso. Si nos falta alguna cosa, la culpa no es mía. Ahora, si no quieres echarte en la misma cama, tendré mucho pesar en verte pasar la noche mala. Yo acá por mí preciso descansar; Estoy muy cansada, y cansada por todas las asnerías.

Hablando así animadísima, se echó y voltease para la pared.

¿Entonces que es eso? - le dijo yo Estás seriamente enojada Biondetta? ¿Cómo he de expiar mis culpas? Me pede la vida.

- Álvaro respondió ella sin moverse ve consultar las gitanas, sobre el mejor modo de restaurar el reposo de mi corazón y del tuyo.

¿Por lo tanto el motivo de tu cólera es mi plática con las tales criaturas? Entonces, de cierto me vais disculpar, Biondetta. Si supiese cómo se armonizan con tus intensos los avisos que ellas me dieron... ¡Si supiese que ellas me dijeran que no fuese a Maravillas!... Es lo que te digo: mañana partiremos para Roma, para Venecia, para Paris, para donde tú quisieres que yo vaya habitar contigo. Allá esperaremos el consentimiento de mi familia...

Biondetta volteo se para mí. Había seriedad y hasta severidad en su semblante, cuando me dijo:

¿Acuérdate quién soy, Álvaro? ¿Y lo que yo esperaba de ti, y el que yo te aconsejé que hicieses? ¡Cuando yo sigilosamente me servía de las luces de que es dotado nada pude obtener de tal obstinación; Ahora, sin embargo, nuestra norma de proceder depende de dos entes peligrosísimos para ti y para mi, y al mismo tiempo, despreciables! ¡En verdad exclamó ella dolorosamente tuve siempre miedo de los hombres! ¡Estuve vacilando algunos siglos en escoger de un; y ahora... escogí... se hizo... es irremediable! Oh! ¡Desgraciada!...

Y derramase en llantos, forcejando que no la viese llorar.

Sacudido por violentas pasiones, hállale ha, sollozando:

¿Biondetta, no ves mi corazón? ¿Por qué me estás despedazando?

¡No me conoces, Álvaro! Y antes de conocerme, me harás cruelmente penar. Es preciso que un último esfuerzo te desvende lo que soy, y gane así tu confianza y estima, para que yo no me veje más expósita a confrontaos despreciados y peligrosos. Las pitonisas tuyas inspiraran me hondo terror, por eso mismo que está de acuerdo conmigo. ¿Quién nos afirma que Soberano, Bernardillo, tus enemigos y míos, si no disfracen en aquellas máscaras? Te recuerda de Venecia. Contrariémosles las insidias con prodigios que ellos de cierto no esperan de mí. Mañana voy a Maravillas, donde ellos procuran alejarme. He de ser recibida por las más amargadas y ruines sospechas. No importa. Dña. Mência es una señora justa; tu hermano tiene noble alma; me entrego a ambos. Seré un prodigio de mansedumbre, de complacencia, de docilidad, de resignación, iré adelante de sus experiencias.
Hizo una pausa, y murmuró muy dolorida:
¿Seré deshonra además, ó miserable sílfide?
Quise reanudar; pero embargaran le los sollozos la palabra...
¿Que hacer las tantas proveas de pasión, indicios de angustia, resoluciones sigilosas, movimientos de ánimo heroico? Senté me dé par con ella, acaríciela, aunque me repeliese. Pero, poco después, ya me no alejaba, sin que por eso me deba desvanecer: es que la respiración le escaseaba, se cerraban le los ojos, el cuerpo estremecía convulso, se heló le el sudor de la frente, le faltó el batir del pulso y el cuerpo directo se iba cadáver, si las lágrimas no fluyeran copiosas por los ojos.
¡Oh magia de las lágrimas! ¡No hay ahí más poderoso talismán en manos del amor! Desconfianzas, resoluciones, juramentos, todo olvidé. Queriendo estancar la fuente de aquel precioso rocío, aproximé a sus labios donde la frescura evaporaba olores de rosa; y, si yo tentase retraerme, dos brazos de indescriptible claridad y alrededor serían lazo corredizo imposible de desatar.
¡Oh mi Álvaro! ¡Exclamó Biondetta Vencí! ¡Soy la más feliz de las criaturas!
¡Perturbado extraordinariamente, ni hablar pude! ¡Me quedé vejado, quieto! Y ella saltó de la cama, abalanzo se a mis pies, y descalzadme.
¿Que es eso? - exclamé veo que te rebajas, Biondetta!
- Ah! ¡Ingrato! ¡Dijo ella te serví cuando eras mi déspota; deja que yo te sirva también ahora, mi novio!
¡Me hallé instantáneamente desvestido! Con un lazo corredizo que sacó del bolsillo, me ató los cabellos arreglados femenilmente.
Fuerza, energía y destreza vencieron cuantos impedimentos entregué... Con la misma prontitud, hizo su elegante desaliño, apagó la luz, y corrió las cortinas del lecho.
Y entonces, con una voz cuya blandura vencería las delicias de la más divina melodía me dijo:
¿Hice la felicidad de mi Álvaro cómo él hizo la mía? No... La feliz soy yo sola. Pero él ha de serlo también, por qué así lo quiero. He de

embriágalo de regocijos llenarlo de ciencias, elevarlo al fasto de las grandezas. ¿Quereros mi amor, ser la más privilegiada criatura, sojuzgar conmigo a los hombres, los elementos, la naturaleza toda?
- Oh querida Biondetta dije yo a punto contrahecho tuyo me basto. Prendes todas las ambiciones de mi alma...
¡No! - Redarguya ella con vehemencia Biondetta no te es bastante... Ese no es mi nombre; diste me, lisonjeo me, usó él con placer; pero es preciso que saber quién soy... ¡Yo soy el diablo, mi caro Álvaro, yo soy el diablo!
Proferido estas voces con fascinante matices, cerraba lo más exactamente posible el pasaje a la respuesta que yo podría darle. Luego que pude hablar, dijo:
- Biondetta, o quién quiera que sea, no profieras ese nombre fatal, ni me recuerdes un error abjurado hace mucho tiempo.
¡No mi amado Álvaro, no fue error: es que tiene seducido, chiquillo! Fue preciso engañarte para en fin darte juicio. Tu especie foguee a la verdad. Solo admitís la felicidad con la ceguera. Feliz, si quisieres ser, ha de serlo mucho. Quiero saciarte. Ya vez que no soy tan feo cómo me pintan...
Este tono sombrío acabó por desorientarme.
- Me respondes dijo ella.
¿Que quieres que yo responda?

- Ingrato, pon la mano sobre este seno que te adora; que tu corazón se aliente, si es posible, con la misma pequeña conmoción mía. Deja cortar a las tuyas venas algo de este fuego delicioso que me abrasa a mi; adora, si puedes, el sonido de esa voz tan bueno para inspirar amor, y de que te sirves para sojuzgar a mi alma tímida; dice me en fin, pero dice me con la ternura que por ti siento, dice me: ¡"Mi caro Belcebú, te adoro!"

XVIII

¡Este nombre fatal, bien que labiosamente proferido, me hizo horror! Asombro y miedo me contraen el alma. Muerta la cuidaría yo, si allá en lo hondo del corazón me no gritase el remordimiento.

Y, no obstante, la excitación exacerbaban me tan imperiosamente, que la razón no venga a calmarla. Aquí estadme indefenso en los brazos de ella, que me ceba vertiginosamente en torpes de deleites. No darme tiempo a volver sobre mí, y ponderar en la falta de que ella, o él es más autor que cómplice.

- Nuestros negocios están hechos me dijo, sin alterar el tono de voz a que yo estaba habituado Viste procurarme, te seguí, te serví, obsequie té: hice el que de mí quisiste. Deseaba poseerte; y fue preciso para conseguirlo, que te desees todo a mí. Es cierto que debo al artificio la primera condescendencia; cuánto a la segunda, yo ya te había dicho mi nombre: sabías a quién te entregabas, y no podrás alegar ignorancia. De ahora en delante, Álvaro, no se desatamos l oque a nosotros nos prenden; pero para bien asentar nuestra sociedad, es forzoso que nos conozcamos mejor. Cómo ya te conozco por dentro y por fuera, quiero igualar recíprocamente nuestras posiciones, mostrándome cual es.
Ni tiempo dio para reflejar en este singular discurso. A mi lado silbo un agudísimo silbido. Se va se súbita la oscuridad que me cierra. La cornisa que sustenta el sobrecielo del dosel se llena de enormes caracoles, cuyas puntas, movidas a costa de retoca, golpeaban lengüetas de luz fosfórica, cuyo relampaguear redoblaba por el movimiento.

¡A punto ofuscado por este súbito claro, lanzo los ojos para mi lado, en vez de figura espléndida, que veo, ó cielos! ¡La horrendísima cabeza del dromedario! Y ella profirió, en aquella vocería de tenebroso trueno el **Chez vuoi**, que tanto me causo pavor en la caverna, estornuda una carcajada de reír humano más médano aún, y vomita una lengua inmensa...

Despéñame al suelo, me meto debajo de la cama, cerrando los ojos, con la cara colada al piso. Me pulsaba el corazón con terrible fuerza, me sentía estrangulado, cómo se fuese morir de asfixia.
No puedo calcular el tiempo que pasé en esta angustia oprímete, cuando me sentí empujar por un brazo. Aumentó mi terror, forzado sin embargo a abrir los ojos, una luz vividísima me ciega.
Ya no fue la luz de los caracoles, ni ellos ya paseaban por la cornisa; pero fue el sol que me daba de chapa en la cara. Vuelven a me pujar por el brazo, tomen me. Y entonces reconozco a Marcos.
¿Oh señor hidalgo me dijo él a que horas querer partir? Sé querer hoy llegar a Maravillas no hay tiempo la perder, que es medio día.
No respondí y él me examinaba.
¡Cómo el señor permaneció así vestido en la cama! ¿Por lo tanto estuve así catorce horas sin acordar? Verse que estaba muy falto de dormir. La señora su esposa bien lo sabía, por que fue pasar la noche con mi tía para no incomodarlo; desde la madrugada que todo está pronto, y puede entrar en el carruaje, si quise, el respeto de la hidalga, ya acá no

está; demo le una buena mula, para ella ir por la frescura de la mañana y dijo que lo esperaba en la primera aldea del camino.
Marcos salió. Maquinalmente restregué los ojos, y pasé las manos por la testa para hallar el lazo corredizo que me atrapaba los cabellos.
Nada hallé; la tranca estaba cómo en la víspera, con el rosetón, pero todo desgreñado.
¿Yo dormiría? Me preguntaba yo. ¿Seré yo tan feliz que todo esto haya sido un ensueño? Yo vi a morir la luz. Fue ella quién la mató, y allí está.
Voltou Marcos.
- Si quiere almorzar, hidalgo, está pronto. La calesa ya está pronta.
Descendí de la cama, y mal me tengo en pie; se agobian me las rodillas. Quiero tomar algún alimento; pero no puedo engullir. Quiero indemnizar el posadero del gasto que hice; y él rehúsa aceptar, diciendo:
- La señora satisfacernos liberalmente. ¡El hidalgo y yo tenemos dos mujeres de una vez!
No respondí al dicho; me metí en la calesa y partí.
No sé describir el desorden de mi cabeza; si yo fue tal que ni ya a idea de peligro de la vida de mi madre me impresionaba seña débilmente. Con los ojos espasmódicos y la boca abierta, yo fui menos hombre que autómata.
El arriero me preguntó si la señora nos esperaba en la primera aldea.
No respondí. Atravesamos un pueblo, donde él preguntó en cada casa si habían visto pasar una dama con tales signos. Dijeron le que no había pasado. El arriero oyó para ver la inquietud que tal nueva me daba. Y, si él a tal respeto no sabía más del que yo, de cierto vería en mis gestos gran perturbación.
Ya fuera de la aldea, me dio alma la idea de que el objeto de mis terrores me dejaría por algún tiempo. Ah! ¿Si yo llego a poder hallarme a los pies de mi madre pensaba yo si me puedo acoger al sagrado asilo de su virtud, ó fantasmas que me perseguís, osareis violar mi santo abrigo? ¡Yo hallaré allá los sentimientos naturales y saludables principios de que me tenía apartado, y con ellos me haré un baluarte contra los monstruos! ¡Pero si las amarguras ocasionadas por el mío libertinaje de tenerme privado de aquel ángel tutelar! Ah! ¡Entonces, viviré para a vengar sobre mi mismo! Sepultarme he en un claustro... ¡Oh, Quién me rescatará de estas quimeras generadas en mi cerebro! ¡Válgame me la mortaja de monje! ¡Mujeres, renuncio para siempre a vuestros encantos! Una larva infernal se vistió de cuántas gracias yo idolatrase... Lo que yo viese en vosotros más seductor me haría librar aquella que...

XIX

En medio de estas reflexiones que me preocupaban recogidamente, la calesa entró en la gran avenida del castillo.
Y oí estas voces:

¡Es Álvaro! ¡Es mi hijo!
Yergo los ojos y veo mi madre en la ventana de su cuarto. Nada excede la blandura y vivacidad del sentimiento que me deleita. Me renace el alma; las fuerzas se restauran todas a un tiempo. Corro a los brazos de ella que se me abren. ¿Postro me y exclamo, cubierto de lágrimas, y convulso de sollozos: "Mi madre, mi madre, yo no fui su asesino? ¿Me reconoce cómo su hijo? Ah! ¡Mi madre, me abraza!...."
La pasión que me transporta, la vehemencia de mis actitudes por tanta manera me alterara voz y facciones, que mi madre permaneció asustada. Levántame con bondad, me abrazó otra vez, y me obligó a sentar. Yo quise hablar; pero no podía; bésele y regué le las manos de lágrimas, y besos amorosos.
Y ella encaraba me cómo asombrada. Supo que me había sucedido caso extraño, sospechó hasta de la sanidad de mi razón. Del mismo paso que el desasosiego, la curiosidad, bondad y ternura se manifiestan en sus ojos compasivos, su presidencia mandó que me trajesen todo que podía utilizar a las necesidades de un viajante cansado por caminos largos y intratables.
Los criados me sirvieron a la competencia. Comí levemente por condescender. Todo mi cuidado fue ya no ver mi hermano: pregunté por él mi madre.
- Juan ha de alegrarse que saber que estás aquí, por lo tanto que te escribió a llamarte; pero cómo las cartas idas de Madrid poco hace que partieron, no te esperábamos tan deprisa. Tú eres Coronel del regimiento de él, que fue vice rey para la india nombrado por el rey.
¡Cielos! ¿Exclamé será falso todo que vi en ensueño? Es imposible.
¿Que ensueño tuviste, Álvaro?
¡El más largo, espantoso y horrible que puede soñarse!
Y, venciendo el orgullo y vergüenza, le conté por menudo todo que me sucediera desde que entré en la gruta de Portici, hasta el rato en que le mirara a los pies.
Aquella respetable señora me escuchó con atención, paciencia y bondad extraordinarias. Cómo yo confesaba la grandeza de mi culpa, halló la buena madre que fue inútil encarecerla.

Mi querido hijo, corriste en pos de la mentira, y mismo ahora ella te arma celada al juicio. Juzgarlo por la noticia de mi enfermedad, y por el odio de tu hermano. Berta, a quién piensas que hablaste, hace mucho tiempo está entrevada en la cama. Nunca pensé en mandarte doscientos chelines allí de tu mesada. Yo temería nutrir tus desarreglos, o abismarme en ellos con indiscretas liberalidades. El escudero honrado Pimientos murió hoy ocho meses. Y teniendo el duque de Medina Sidonia mil y ochocientos propiedades en todas las Españas no tiene un palmo de tierra en el local que dices. Bien sé donde es, y todo lo que allá viviste en esa granja es un ensueño.

- Oh! ¡Señora! - Reargüí yo el carretero que me condujo vio todo como yo, y hasta danzó en las bodas.
Mi madre mandó llamar el arriero; pero él desato las mulas, sin esperar el salario.
Ésta huida precipitada, que no dejaba vestigios, intuí algunas sospechas en mi madre.
- Núñez dijo ella a un paje ve decir al venerable Don Quiebra cuernos que yo y mi hijo Álvaro lo esperamos.
- Se explicó ella un doctor de Salamanca, que poseía, por qué merece, mi confianza, y tú puedes darle la tuya. En el propósito de tu ensueño hay una particularidad que me embaraza. Don Quiebra cuernos conoce los tiempos, y definirá esos casos mucho mejor que los que yo.

El venerando doctor vino luego. Antes de hablar, con la gravedad de su presencia, ya infundía respeto. Mi madre me mandó contar desde el principio la exposición sincera de mi rapazada y de los resultados subsecuentes. Me escuchó el doctor atento, espantado, a las veces, pero sin nunca interrumpirme. Así que terminé, se recogió por segundos, y dijo estas cosas ponderosamente:
En verdad, señor D. Álvaro, escapó al mayor peligro a que puede exponerse un hombre por su culpa. El señor provocó al espíritu maligno y forzadle, con sucesivas temeridades, todos los disfraces que él había menester para conseguir le seducirle y perderle. ¡Es muy extraordinaria su aventura! Nunca le paso semejante en la Desdemonia de Bodin, ni en el Mundo Encantado de Bekker. Y fuerza es convenir que después que estos insignes autores escribieron, nuestro enemigo refinó, prodigiosamente en el sistema de atacarnos, aprovechando las argucias que los hombres del siglo emplean para recíprocamente se infernaren. El diablo copia exactamente la naturaleza y sabe escoger; emplea el expediente de los talentos que amabais, arma banquetes bien condimentados, enseña las pasiones a hablar su lenguaje insidioso, y hasta cierto punto remeda las virtudes. Este caso me aclara la vista para yo ver muchas cosas que por ahí pasan. Bastantes grutas sé yo que hay por ahí más peligrosas que la de Portici, y allá está la multitud de obsesos que desgraciadamente no se cuidan que él es. Cuánto lo que dice respeto al señor, D. Álvaro, precaverse sabiamente para ya y para el futuro, juzga del todo libre. Que su enemigo lo dejó, eso no sufre dudas. Sedujo él, es cierto; pero no logro corromperlo; que el intenso y el remanso él preservara, contando con los extraordinarios socorros que le acudirán. Por lo que, tanto el triunfo del diablo, cómo la derrota de D. Álvaro, no montan más que una ilusión que el arrepentimiento acabará de desvanecer. En lo tocante a Belcebú, es cierto que hace una retirada forzada; pero noten cómo él sabe disfrazarla, y dejar, al partir, la perturbación en el espíritu del poseso, y ciertas entidades intelectivas en el corazón para renovar el ataque, así que deseen una abierta. Después del iludir cuánto D. Álvaro quiso ser engañado, el

demonio, forzado a mostrarse en toda su fealdad, obedeció cómo esclavo que fermenta la rebelión; y no quiso dejarle alguna idea razonable y distinta; antes quiso mezclar lo grotesco al demonio, el pueril de los caracoles luminosos y cabeza horrenda, en fin, la mentira y verdad, vigilia y adormecimiento, de manera que el confuso ánimo de D. Álvaro nada estremece, y posas creer que la visión que lo aterrorizó fue menos el efecto diabólico de lo que el ensueño causado por vapores del cerebro; él, sin embargo, separó astutamente la idea del fantasma agradable de que sé sirvió para pervertir la víctima. Si D. Álvaro le abrió ocasión, esa imagen reaparecerá. Mientras, no aconsejo que el señor le contrapusiera la barrera del claustro. Su vocación está indecisa. Las personas instruidas son también precisas fuera de los monasterios. Atiéndame nuestro amigo. Contraía legítimo lazo corredizo con una persona del sexo amable; que su respetable madre presida tal escoja. Y ojalá que la doncella que le fue escogida por tal madre, tantas gracias y merecimientos tenga, que el señor, D. Álvaro nunca si vea tentado a pensar que ella sea el diablo.

Notas De RODAPÉ:
(1) Se suprimen algunas canciones por parecernos poquísimo momentos en la biografía, y de mérito muy dudoso.
(2) Gérard de Nerval, autor diestro relevante biografía, á fuerza de militar en el Espiritismo, de que revela honda y vanísima ciencia en este escrito, perdió al final la razón, cómo se infiere en sus últimos trabajos, y suicídese. Las desventuras de Cazotte, lastimadas por él su biógrafo, explican la parte menos lúcida del trágico propósito de Nerval. Téofilo Gautier, prefaciando la versión del Fausto admirablemente interpretado por él su llorado amigo, responsabiliza los libros cabalísticos de la muerte de aquel gran espíritu, que yacía en tinieblas, cuando escribía a los iluminados.
(3) Vuelta Gérard de Nerval a la trascripción de cantatas, que no trasladamos por la razón ya aportada en el n. 1.
(4) Alude el vasto episodio concerniente a la vida de Rameau.
(5) Faut pas être grand sorcier pour ça.
(6) Alude a Pucelle, poema despejado de Voltaire.
(7) Nerval, extraído más amplios pormenores del relato poético, presume que va en esto el presentimiento que produjo Cazotte su trágico propósito en el cadalso. Abreviamos el extracto para que al lector no bosqueje, también, con las cabezas degolladas por la hada Begasse.
(8) Acá está el fermento que llevó Gérard de Nerval a la locura. Aún así, a quimera anduvo diez años a descomponerle el cerebro. Escribía esto en 1845 y suicidase en 1855.
(9) Una historia universal escrita por Gérard de Nerval, y los grandes problemas así luminosamente explicados, debía ser una lectura, señal proficua, sobremanera curiosa. Pena es que los espiritistas modernos de Francia no evocasen el gran Federico a iluminar el Federico tenebroso de 1874.
(10) El biógrafo reproduce un ensueño de Cazotte, abstruso tejido de dislates en que Gérard de Nerval descubre, la lámpara de iluminado, vaticinios relativos a la revolución Francesa. El lector y yo, privados de la gracia de Saint Martín no entenderíamos de esto nada, seña que el autor de los Amores del Diablo, a los ochenta años, retrocederá a las creencias de la niñez.
(11) Contra las expresiones subrayadas, salió Scévole Cazotte, el hijo del condenado, en una carta, escrita en 25 de julio de, luego después que apareció la biografía escrita por Gérard de Nerval; dice la carta: "...Yo también fui condenado entonces; pero no ejecutado, y M. de Nerval no puede rehusarme la conciencia de los sentimientos que del corazón de mi padre habían penetrado en mí. ¡Por lo tanto bien! Le recordaron las palabras del escocés Mountross sus jueces, cuando le dieron la sentencia que lo condenaba a la muerte, y que su cuerpo, retajado en cuatro, fuese expuesto en las cuatro principales ciudades de la Escocia. Pesa me dijo él que mi cuerpo no puedo fornecer bastantes pedazos que sean expuestos en todas las ciudades del mundo, cómo patrones de mi fidelidad a mi rey y a las leyes seglares de mi país. He Afirmo a M. de Nerval que los sentimientos de mi padre y míos eran más llegados a estas palabras que a las otras citadas por M. Bastien...í. Scévole Cazotte (Scévole Cazotte murió en junio de, en la edad de 89 años).
(12) ¿Que queréis?
Propósito

Traducción digital comparada del Ingles, Francés y Portugués al Español por Adonay I. Hernández Rico

Ilustrada por el mismo.